

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



MARCHA LA HIJA DE JEPHÉ AL SACRIFICIO.

### XIV.

## LA HIJA DE JEPHÉ.

Llenas de mortal angustia las doncellas del pueblo de Israel, se agolpaban en el vestibulo del tabernáculo y concurrían á prosternarse ante el ara santa donde se tributaba el culto á Jeová. Imploraban aquellas jovencitas la protección del Dios de los ejércitos, de aquel Dios que ensalza á los humildes y aniquila á los soberbios, en favor de

*Febrero de 1818.*

todo el pueblo de Israel, acometido en tonces por fieros é implacables enemigos, y muy particularmente imploraban el auxilio celeste en favor de sus padres, de sus hermanos y de las prendas mas queridas de su corazón, espuestas entonces á las funestas contingencias de tan desigual como reñido combate. Las plegarias de la inocencia y las acciones de gracias de aquellas doncellas, se elevaban al cielo en forma de cántico, según la antigua costumbre de los hebreos, cuando un guerrero cubierto todavía con el polvo del campo de batalla, llega presuroso, entra todo alborozado en el templo, y suspende la

TOMO II. 5



religiosa ceremonia clamando desde el vestibulo:

—¡Virgenes de Israel! suspended vuestras tristes plegarias y glorificad al Señor que ha dado la victoria á su pueblo escogido. Ya el impio ammonita no vendrá á interrumpir nuestro culto, ni á turbar la paz de nuestros hogares. ¡Israel ha triunfado, gloria, gloria al Señor!

Despues y en medio del asombro y de la alegría que causaron estas palabras, se adelantó el mismo guerrero hácia la doncellita á quien por sus gracias personales, mas bien que por su nacimiento, todas cedian la preferencia, y prosiguió con el mismo entusiasmo:

—Y tú, Seila, que tienes la dicha de ser la hija de Jephthé, nuestro esclarecido gefe, prepara la corona con que has de ceñir sus sienes victoriosas: corred todas, hijas de Israel, corred llenas de flores hácia vuestros padres y vuestros hermanos triunfantes que ya llegan.

Todo el pueblo conmovido con tan fausta noticia, se prepara en efecto á recibir á los guerreros vencedores: las jóvenes preparan tambien las flores y guirnalda que han de ser la ofrenda de su admiración y de su cariño, pero el tiempo vuela y apenas da lugar á los preparativos. Llega hasta allí de improviso el estrepitoso eco de las trompetas que anuncian el regreso del ejército y por un movimiento unánime, todos quieren salir á recibirle. Se adelantan, sin embargo, presurosas las doncellas, y Seila mas ardiente y mas ligera, se adelanta á todas ellas sin que ninguna piense en cobrarle ventaja, conociendo cuan justa es su impaciencia.

¿Quién al ver aquella joven tan graciosa y tan ligera, tan llena de juventud y de vida, tan radiante con el triunfo de su padre que en ella se reflejaba, habia de creer que entonces que se precipitaba hácia su felicidad suprema, salia precisamente al encuentro de su fatal y sangriento destino?

Seila, en tanto, vuela en alas de su amor filial: ya oye cerca de sí las trompetas victoriosas y ya cree escuchar la voz de su padre. Solo un pequeño ribazo le oculta la vista del ejército: Seila redobla sus esfuerzos; trepa ani-

mosa á la cumbre y sin deslumbrarse con el sorprendente espectáculo que desde allí presenta todo el campo, baja á precipitarse en brazos de su padre, á quien distingue en el acto al frente de los suyos.

El primer movimiento de Jephthé fué tender los brazos á su hija; mas apenas la habia recibido en ellos, la mas estraña conmoción se manifestó en él. Aquel guerrero á quien no habia asustado la muerte que bajo mil formas acababa de presentársele, tiembla entonces como estremecido de horror: una palidez mortal cubre su rostro, y lo que es todavia mas estraño, las lágrimas bajan lentamente por sus mejillas. Su hija, sorprendida con tal recibimiento, pugna por asirse á él, diciéndole con cariño.—¡Padre, padre mio! pero él la rechaza bruscamente, volviendo el rostro hácia otra parte.

Este inesperado suceso paraliza la alegría general: aumentándose la consternación cuando se llega á saber que Jephthé, al ponerse al frente de los combatientes de Israel y antes de dar la batalla, ha hecho voto al Señor de ofrecerle en holocausto el primer ser viviente que se presentase á sus ojos al volver triunfante á su casa, y que el Señor, sin duda ha querido castigar tan imprudente voto y la falta de confianza que revelaba de parte de Jephthé en quien le enviaba á triunfar de los enemigos, haciendo que lo primero que encontrasen sus ojos fuese su hija única y predilecta, la joya que en mas estima tenia en este mundo.

Nadie, sin embargo, pone en duda que el sacrificio debe consumarse; porque el pueblo de Israel respeta los altos designios de la Providencia, acostumbrado como se halla á descubrir sus destellos aun en las cosas mas insignificantes, y todos se limitan á compadecer á la ilustre víctima, aquella temprana flor á quien la fatal segur hará perder en breve toda su lozanía.

Ella sola, la desgraciada Seila, se ostenta serena en medio de aquel abatimiento de todos: ella recibe la fatal noticia sin palidecer, y ni una queja, ni un suspiro se exhalan de sus labios. Todo al contrario, solo se ocupa de su



padre á quien tanto ama, y al ver el horror que se pinta en sus facciones y las lágrimas que corren por sus mejillas, al contemplar como rasga sus vestiduras en señal del mas profundo dolor, y al comprender los encontrados afectos que le despedazan el pecho, cree que solo allí su padre es digno de lastima, y á la verdad, lastimosa situación es la de un padre precisado á derramar la sangre de su hija.

—Padre mio, le dice, cúmplase la voluntad de Dios. No temais: Seila se manifestará digna hija del caudillo de Israel... Yo me ofrezco gustosa á la muerte.

Animaba entonces á la heroica jóven aquel profundo sentimiento de amor filial que siempre ha sido autor de los hechos mas grandiosos, y como hija bien educada y de generosos sentimientos, se estremecía solo con la idea de causar el menor disgusto ó contratiempo á su padre, pues este temor era para ella mas cruel que la muerte. Solo pide por última gracia, se la conceda un corto plazo para prepararse á la muerte, para despedirse de la vida que tan risueña y feliz se le presentaba, y para buscar los sitios retirados en que pueda llorar y desahogarse con sus tiernas compañeras las otras jovencitas de su edad.

Cumplido que fué el plazo fatal, Seila en medio de sus angustiadas amigas, se dirigió al lugar del sacrificio, brillando la serenidad en su hermoso semblante. Los cánticos que resonaban en el sagrado recinto fueron de improviso interrumpidos por un grito de la inocente víctima, y Seila dejó de existir. Su muerte cubrió de luto al pueblo de Israel é hizo verter lágrimas amargas á las compañeras de la desgraciada jóven: no habia quien no lamentase una victoria á tanta costa adquirida.

Jepthé, el desventurado Jepthé, es tambien digno de lástima; siempre pesadoso por haber causado la muerte de su hija por su falta de confianza en el Eterno, comprende entonces cuanta es la intensidad de su castigo. El mismo es quien se ha privado de su hija, de aquella jóven que constituía su encanto

y su felicidad, y en un pueblo en que tan apreciados son los frutos de bendición que Dios concede á los cabezas de familia, el solo se verá desamparado sin tener á quien volver los ojos, ni quien guie los inciertos pasos de su vejez. La vida será para él un peso insoportable, atormentada por tristes recuerdos y sin una lisonjera esperanza, ni aun la de que haya en su muerte quien recoja su postrer suspiro.

F. F. VILLABRILLE.

**INJURIAS.** Las almas grandes pagan las injurias con beneficios.

*Confucio.*

Las injurias son las razones de los que no tienen razon.

*J. J. Rousseau.*

La injuria que menos se olvida es la burla

*Platon.*

**INGRATITUD.** El corazón del ingrato es semejante á un desierto que sorbe con avidez las aguas que caen del cielo, las traga y nada produce.

*Maximas de los Orientales.*

Nunca se apartará la desgracia de la morada del que paga el bien con el mal.

*Salomon.*

Despreciando una injuria se la reduce á nada, incomodándose se le dá importancia.

*Tácito.*

**INJUSTICIA.** Dos cosas hay á las que es preciso acostumbrarse, so pena de no poder vivir: una es las injurias del tiempo, y la otra la injusticia de los hombres.

*Chamfort.*

Una injusticia hecha á uno solo, es una amenaza que se hace á todos.

*Montesquieu.*

## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

### II.

### NUMANCIA.

Grande fué el sentimiento de los españoles cuando llegó á su noticia el desastroso fin de Viriato; grande también la indignación de los lusitanos cuando supieron la manera vil y traidora con que habían acabado con tan valeroso capitán, pero no fueron, ciertamente, los mas arrojados y decididos á reparar al menos con la venganza, una pérdida de tanta consideración, porque no bien acabaron las magníficas exequias del gran soldado, cuando inmediatamente eligieron un sucesor; sucesor que inauguró el horrible acontecimiento ajustando paces con los romanos. Las huestes del malogrado caudillo conservaban su número y fuerzas físicas, pero quedaron faltas de alma: ¡cosa extraña sin duda en hombres enseñados á grandes intentos! Sin embargo, los numantinos, que habían sido los mas firmes amigos de Viriato, pagaron un tributo á su memoria desechando con desvío, y á veces con indignación las insidiosas proposiciones que les hacía Pompeyo, llegando el caso de hacerle huir con humillación cuando tenía la temeraria audacia de presentarse delante de los muros de su ciudad.

Los senadores de Roma, cuando llegaron á entender el fiero espíritu de independencia que animaba á los numantinos, decretaron la destrucción de una plaza que tan mal se avenía con sus intentos, y que tan resueltamente quería vengar con las armas la muerte del caudillo lusitano. Vino Popilio con orden de expugnarla, y el valor de los

numantinos hizo que aquel se retirase con no menos mengua que Pompeyo su antecesor. El cónsul Hostilio pretendió en vano volver por el honor de las legiones romanas, porque los sitiados salían con frecuencia de sus murallas, y de tal manera tenían acosados á los sitiadores, que por disposición de su gefe hubieron de resolverse á escapar en lo mas avanzado de la noche; mas esta cobarde huida fué ignorada de los numantinos, hasta que cierta ocurrencia, que caracteriza bien á este valeroso pueblo, y que vamos á referir en seguida, la descubrió.

Era Megara el caudillo y gobernador de la plaza á que se ponía cerco, y tenía una hija que se llamaba Flungarda y que era hermosa y de prendas muy recomendables. Solicitábala dos manebos hijos de Numancia, ambos descendientes de sangre ilustre, y conociendo el primero con el nombre de Sidulco, y el segundo con el apodo del Rayo de Iberia, por lo fogoso de su carácter y lo arrojado y valiente cuando en la liza entraba. Los enamorados rivales como vieron la indecisión de la pretendida doncella, en declararse resueltamente por alguno de los dos, se citaron una noche en un sitio de la ciudad á fin de combinar un plan sangriento, pero de cuyas resultas uno de los aspirantes quedaria el esclusivo dueño de la mano de Flungarda.

A la hora concertada se avistaron los amantes, y he aquí como hablaron no bien se hubieron mutuamente reconocido.

—Sidulco, dijo el Rayo, fuistes puntual y eso acredita que eres esclavo de tu palabra.

—A semejante saludo, contestó Sidulco, no puedo menos de asegurar que tu pundonor y caballerosidad rivalizan en este instante con mi exactitud.



—Pues bien, prosiguió el Rayo, yo amo á Flungarda, y mientras pueda llevar mi diestra hácia la empuñadura de mi espada, no consentiré que ninguno la posea.

—Yo tambien amo á Flungarda, repuso Sidulco con mas serenidad, y en tanto que los dioses me sustenten sobre la tierra, ninguno se llamará esposo de la hija del gobernador.

—Pues yo he de pedirla á su padre, dijo el Rayo, y si me la concede, al punto la entregaré mi anillo conyugal.

—Y yo sabré impedirlo, contestó Sidulco con acento de entereza y resolución.

—¿Cómo? preguntó el Rayo de Ibéria.

—Desnudando mi espada y obligándote á que te defiendas del que pretende darte la muerte.

—¡Oh! sí, es el único medio que hay para que la hija de nuestro caudillo no tenga mas que un pretendiente.

Los dos jóvenes numantinos *de snudaron* sus espadas, y ya se *dis ponian* á dar comienzo al singular combate, cuando un hombre que hasta entonces



habia permanecido oculto detrás de un ruinoso paredon, se interpuso entre los dos contendientes con los brazos abiertos en ademan de impedir los golpes de los jóvenes que se amenazaban.

—¡Alto! exclamó el aparecido con voz solemne y grave.

—¿Quién eres? preguntaron los combatientes.

El aparecido se dió á conocer acer-

cándose mas á los mancebos acaforados, los que sorprendidos exclamaron á la vez:

—¡Megara! Nuestro gobernador!

—Si; yo soy: recorria las murallas con el objeto de ver con mis propios ojos la vigilancia de mis centinelas: por detrás de este paredon pasaba y escuché atento y sorprendido vuestra temeraria resolución.



—¿Y has venido á estorvar nuestro intento? preguntó el Rayo de Ibéria.

—Si, y á castigarnos si necesario fuese.

—Yo amo á tu hija, gobernador, dijo el Rayo con acento sentimental.

—Yo tambien tengo un corazon que por ella suspira, repuso Sidulco; por tu hija soy valiente, y por ella tan solo me hice acreedor á tu reconocimiento; mi sangre procedede padrestan ilustres como los del Rayo de Ibéria, y aunque no merecí este apodo, soy tan valeroso como él en los combates.

—¡Lástima es, dijo Megara, que dos guerreros tan temidos de nuestro comun contrario, y que tantas veces han compartido sus trofeos en el campo del honor, piensen en destruirse mutuamente por aspirar á la blanca mano de una doncella. ¿Y presumis que sea yo tan desalmado y cruel que ceda mi hija con rostro sereno y complacido al triunfador de esta bárbara pelea? ¿he de dar á mi Flungarda al que lleve teñida su mano con la sangre de su rival? No, y mil veces no.

—¿Hallaríais otro medio? preguntó Sidulco.

—Si, otro que se aviene mejor á la noble condicion de los hijos de Numancia.

—Manifiéstale corriendo, gobernador, interrumpió el Rayo de Ibéria.

—Salga cada uno de vosotros de la ciudad sitida y en distintas direcciones, y el que primero lleve á mi palacio la mano derecha de un romano, ese será el dueño de la de mi hija.

Sidulco y el Rayo de Ibéria envainaron sus espadas, y con suma rapidez partieron en opuesta direccion, en tanto que Megara caminaba á paso lento hácia su palacio. Megara refirió á su hija el extraño suceso, añadiendo que se preparara á recibir el anillo nupcial del mas diligente de sus adoradores. Pocos momentos despues se presentó Sidulco ante el gobernador.

—¿Y la mano del contrario? preguntó Megara.

—¿Cómo traerla, repuso Sidulco, cuando no hay ni un solo romano en el enemigo campamento?

—¿Cómo!...

—Los cobardes acaban de emprender la mas vergonzosa fuga.... Aguarda, prosiguió viendo que el gobernador se disponia á ausentarse; no te trage la mano de un contrario, pero fui portador, y el primero, el único quizá, de la fuga de un ejército entero.... Tú dirás si me hice digno de la mano de tu hija.

—¡Te la cedo, si; tal es el alborozo que siente mi alma en este momento! Pero antes, sígueme; reunamos nuestra hueste y sigamos con tenaz encarnizamiento á los que huyen, y quede una vez escarmentada esa tropa afeminada, que solo gana victorias por medio de viles artificios.

Salian por las puertas del palacio á tiempo que entraba el Rayo de Ibéria alegre y gozoso, creyendo ser el primero en la nueva de que ya el gobernador estaba informado.

—Tarde has acudido, le dijo Megara, y mi hija ya tiene dueño; sígueme tú tambien, y prepara tu robusto brazo para la mas sangrienta persecucion de nuestros adversarios.

—Terminada la lucha, exclamó el Rayo dirigiéndose á Sidulco, nos veremos.

Alarmóse la ciudad entera, y sin perder un momento se arrojaron cuatro mil de los habitantes á fin de dar alcance á los fugitivos romanos, de los cuales murieron hasta veinte mil. Sin embargo, tuvieron la generosidad de otorgar la vida á los restantes, y concederles la libertad, á condicion de que en lo futuro se concertase una paz entre la república y la ciudad de Numancia; pero el senado se encontró muy lejos de ratificar este concierto, y depuso á Hostilio, reemplazándole con otros capitanes que llevaban orden de proseguir la guerra.

Estos nuevos generales, sujetaron gran parte de los lusitanos y gallegos, y dirigiéndose despues á Palencia con iguales intentos, salieron mal librados de su empresa: en vista de este descalabro ni el mas osado de los gefes de las tropas romanas, quiso presentarse ante los muros de Numancia. Avergonzabase el senado al contemplar la heroica resistencia de los numantinos, y



nombró á Scipion Emiliano por capitán de las legiones destinadas á combatir con el *terror del imperio*, título glorioso que mereció la célebre ciudad que tan amiga se mostraba de su independencia.

El primer acto de Emiliano luego que llegó á España y vió su ejército, fué prohibir por medio de castigos muy severos, los abusos que sus antecesores habian tolerado: lanzó á las mugercillas, vivanderos y adivinos, desterrando á la vez un sin número de cocineros y sirvientes; procuró dar continua y afanosa ocupacion á los soldados á fin de que se endureciesen con el trabajo: mandó vender todos los utensilios de lujo, y dispuso que ninguno de su ejército durmiese en cama, por cuyo medio consiguió restablecer la antigua disciplina. Regeneradas de este modo sus legiones, creyó que no era prudencia arriesgar sus tropas á una batalla, y arrasó todas las campiñas, cercó la ciudad con dobles trincheras, apostando sesenta mil combatientes en buenas y distintas posiciones, y esperó que el hambre de los sitiados le diera el triunfo que jamás podría conquistar con las armas. Sin embargo de ser muy inferior el número de los sitiados al de los sitiadores, no titubearon en aceptar con valor heroico la lid que se les presentaba. El caudillo Megara no cesaba de arengar á los suyos, y recorriendo las filas entre victores y aclamaciones decia:

—¡Valor, valientes numantinos, que aun cuando el rebaño es el mismo, tiene ahora un pastor diferente.

Poco lisonjero es en verdad el cuadro que desde entonces presentó la invicta poblacion; muchas veces intentaron forzar las líneas de sus enemigos, mas estos sin separarse de sus trincheras, los rechazaban por la superioridad de sus fuerzas; no obstante, hubo ocasiones en que pelearon los de Numancia con tal denuedo, que solo un Scipion pudo impedir que huyeran sus tímidas legiones. Reducidos los sitiados al último extremo por el fatalismo efecto del hambre, no solo buscaban y devoraban los alimentos mas viles, sino que llegaron á comer hasta los cadáveres humanos, si-

tuacion lastimosa y horrible que no pudo mirar con sangre fria el gobernador; por lo que dispuso enviar al enemigo campamento una diputacion de respetables ancianos, para que avistándose con Scipion pidiesen una paz concedida en términos honrosos.

Hallábase Scipion Emiliano á cierta distancia de las trincheras y en parte donde dominaba á todo su ejército, y teniendo del diestro á su caballo cuando se presentaron los legados de Numancia, á quienes recibió el cónsul con orgulloso ademán de indiferencia.

—¿Qué pretende Megara? les preguntó el romano.

Uno de los ancianos que precedia á los demas, contestó lo siguiente:

—Pide Megara, una paz honrosa.

—No hay mas arbitrio que rendirse á discrecion, repuso Emiliano.

—Cónsul, observó otro anciano; recuerda lo generosos que hemos sido en cinco ocasiones, y cuando tuvimos cinco ejércitos romanos á nuestra merced.

—No hay mas arbitrio que rendirse, repitió el cónsul.

—Al menos, prosigió el primer interlocutor, concedenos una batalla en campo raso, y pueda el valor de una y otra parte decidir la victoria; pero hacernos perecer de hambre, es horroroso, y ademas un medio indigno y poco noble para un general que tiene á su mando legiones tan numerosas.

—No quiero poner á peligro la vida de un solo soldado, y gustosamente renuncio á la gloria de vencer, y me contento con esperar que el hambre haga en vosotros sus inevitables efectos.

No esperaron los legados á otra respuesta de este genero, porque les pareció que si proseguian en la súplica, tocaban en la humillacion, y se retiraron confusos y entristecidos á la ciudad donde Megara permanecia aguardando cercado de una ansiosa multitud.

La respuesta del inhumano cónsul, convirtió en frenética indignacion lo que antes era valor, decision y entusiasmo. Megara convocó al punto á los suyos y les dijo en alta voz.

—¡Me faltan palabras para haceros conocer la furia que en este momento se apodera de mi existencia!.... Sola-



mente deseo transmitir en vuestros corazones la funesta resolución que he concebido.... Numantinos, seamos superiores á los héroes de Sagunto, y antes que sucumbir entregándonos al inhumano Scipion, hagámosle entender que en España venden caras las vidas sus habitantes... ¡Esterminio! ¡Desolación! ¡Presente hoy Numancia un modelo de eterno heroísmo á las generaciones venideras!

Causó esta arenga en los numantinos la furia mas loca, haciéndola todavía mas horrible la embriaguez, y en un ímpetu de rabiosa desesperacion, salieron los hombres por una puerta y por otra las mugeres, avalanzándose á las trincheras de los romanos con furioso frenesí; pero mal podia aquel cortísimo número de gente enflaquecida y exhausta hacer mella en un formidable cuerpo de sesenta mil combatientes en el pleno vigor de su poder, por lo que algunos numantinos cayeron muertos, y los demas, viéndose repelidos, no tuvieron otro recurso que volverse á meter dentro de sus murallas.

Encendióse á la puerta del templo una pira formidable, y habiendo los padres reunido á sus hijas, y los maridos á sus mugeres al pie de la horrosa hoguera, esclamó un sacerdote:

—Antes que ver á nuestras esposas, hijas y hermanas victimas de la lascivia de un infausto vencedor, ó en esclavitud sempiterna, precedednos en la muerte.

Las mugeres, embriagadas ya como los soldados, entonaron un himno á los dioses, como si celebraran con cánticos de entusiasmo el festejo mas solemne y popular; y en horrorosa confusion se iban arrojando en tropel sobre las llamas que se elevaban hasta la cúspide de la torre mas elevada. Respecto á los hombres, unos tomaron veneno, otros prendieron fuego á sus casas y perecieron entre las llamas devoradoras, y algunos se arrojaban desde los mas altos balcones á la calle, pero los mas considerando que este modo de morir era indigno de guerreros, se fueron á la plaza principal, y entre los aplausos de los embriagados circunstantes, pelearon los

unos contra los otros, hasta que poco á poco se fueron todos quitando la vida. Padres, hijos, parientes y amigos, bien se mataban unos á otros, ó con clamores de algazara y triunfo corrían á echarse juntos en la hoguera.

Cuando vió Megara que todos sus compatriotas habian perecido, salió de la ciudad, y en llegando á la presencia de Emiliano le dijo:

—Tuya es la victoria; las puertas de Numancia están abiertas para que con aire de triunfo penetres por ellas; sangre, ruina y soledad, queda allí para recreo de tu vista.

Habiendo dicho esto desnudó la espada que llevaba en su cintura, y después que se hincó de rodillas, colocó la empuñadura en la tierra y la punta tocando con su pecho.

—Aunque me postro, dijo, no es para demandarte un humillante perdon, sino para darme la muerte en tu presencia.

Y dejóse caer al momento antes que los que presentes estaban pudieran evitarlo.

Emiliano entró en la que solo era una sombra de Numancia, y lleno de rabia al ver aquel esqueleto de ciudad, mandó arrasarla enteramente. La destrucción de Numancia fué superior á la de Sagunto, quedando como única en los anales del mundo y como monumento de tremenda sublimidad. Una palabra sola del tigre romano que sitiaba á la heroica plaza, hubiera sido bastante á evitar tamaños desastres; consuélennos en parte saber que Scipion Emiliano tuvo un funesto fin allá en su patria, pues hay autores que afirman que fué envenenado, (1) y otros que le encontraron muerto en su lecho y que tenia en el pescuezo señales de violencia.

Así acabó la célebre Numancia después de catorce años de guerra y quince meses de bloqueo, dando un público testimonio al mundo entero de su valor heroico y de su decidido amor por la independencia.

I. A. BERMEJO.

(1) Suspecta fuit tamquam ei venenum dedisset Sempronius uxor. — *Tito Livio, ep. LXIX.*



## APUNTES MORALES.

Guillermo Tell.

### I.

Estamos en Suiza, y se presenta á nuestros ojos la agradable perspectiva de rocas escarpadas que rodean el lago de los cuatro cantones en frente de Schwitz; no á mucha distancia de la ribera del lago se ve una humilde cabaña, una estensa pradera, y las alquerías de Schwitz alumbradas por los rayos del sol; pero á la izquierda se presentan las cimas de las altas montañas que parecen tocar á las nubes de que están circundadas. Un pescador va por el lago conduciendo su barquilla y entonando al compás de los remos una graciosa cantinela, á cuyos acentos acompaña la variada orquesta de las campanillas que hace sonar el numeroso ganado que pace en la verde pradera; el pastor que está sentado junto á la cabaña, se levanta de repente, y fija su atención en las nubes que vienen por la izquierda y que están próximas á cubrir el firmamento, y dice después de unos cortos instantes de reflexión.

—Tempestad tendremos.

No se equivocaba, porque el aspecto del paisaje se cambia de pronto, oyéndose á la vez un sordo ruido en las montañas, preludio de la tempestad. El pastor se encamina entonces hacia la ribera, y dice á gritos al pescador:

—Ruodi, alijérate y saca la barca hacia la ribera que la tempestad se aproxima.

Así era la verdad, porque las cimas estaban ya coronadas de negras nubes, y silbaba un viento frío, hasta que la lluvia comenzó á caer.

A este tiempo se presentó un caza-

dor, al parecer deseoso de encontrar un parage donde meterse, antes que las nubes se deshiciesen en aguas.

—Adios, amigo mio, dijo el recién llegado.

—Dios te guarde, cazador, repuso el pastor. ¿Teneis miedo al agua que va á caer?

—¿Quién lo duda? contestó el cazador, por eso he venido á guarecerme en vuestra cabaña.

Y el pescador tambien llegó á los pocos instantes trayendo un rollo de cordeles y un palo.

—¡Hermoso rebaño! dijo el cazador, ¿es vuestro?

—No señor, yo no soy tan rico, respondió el pastor. Este ganado pertenece á mi digno señor de Attinghausen y á mí me lo ha confiado para que le guarde.

Al salir el pescador de la cabaña donde habia depositado sus cordeles, miró á su derecha y vió venir corriendo á un hombre á todo escape.

—¿Quién es este mancebo que llega hacia nosotros y tan precipitadamente, amigo Verni? preguntó Ruodi al pastor ¿le conocéis?

—Le conozco, si, contestó Verni, es Baumgarten.

—¿Qué le habrá pasado á ese pobre jóven? preguntó tambien el cazador.

El mancebo que tan precipitado corría llegó á la cabaña donde los tres interlocutores ya mencionados suspensos le esperaban, y el pastor Verni, al mirarle tan fuera de aliento le preguntó con impaciencia.

—¿Qué te sucede?

—¡En nombre del cielo! dijo Baumgarten cogiendo la mano del pescador, por lo que mas quieras en este mundo sálvame, barquero, prepara tu canoa.



—¿Pero qué te sucede? preguntó el pescador.

—Prepara tu barca, sálvame la vida, pásame a la orilla opuesta.

—Si, pero cuéntanos antes lo que te pasa, observó el pastor. ¿Quién te persigue?

—Aligérate barquero, que van á alcanzarme. Los secuaces del gobernador me vienen siguiendo, y si me cogen, mi muerte es segura.

—¿Y por qué te persiguen? insistió el barquero.

—Sálvame primero, y yo te lo contaré despues.

—Y estas manchado de sangre, interrumpió el pastor mirando la ropa del fugitivo.

—El bayle del emperador que habita en Rossberg....

—¿Es él quien manda que os persigan? preguntó en tono admirado el cazador.

—No puede ya, respondió el jóven con arrogancia, le he matado.

—¡¡¡Dios te ampare y favorezca!!! exclamaron todos á un tiempo, haciendo la señal de la cruz.

—¿Qué has hecho miserable? le dijo el pastor.

—Lo que en mi lugar haria todo hombre libre, he hecho uso de mi derecho, castigando al infame que atentaba contra mi honor arrebatando el de mi muger.

—¿El bayle atentó contra vuestro honor? preguntó el cazador.

—Dios y mi cortante hacha han impedido que llevase á cabo sus malos designios.

—¿Y le has cortado la cabeza, muchacho? preguntó el pastor abriendo los ojos en señal de espanto y con cierta especie de temblor.

—¡Oh! referidnos el suceso, interrumpió el cazador, que tendreis tiempo bastante mientras desatan la barca.

—Estaba yo cortando leña en el bosque, dijo Baumgarten, cuando vi venir á mi muger con las agonías de la muerte, y me dijo temblando que el bayle estaba en mi casa, y que habia mandado que se le preparase un baño; añadió que habiendo querido obtener de ella cosas indignas, se habia escapado

para buscarme. Entonces yo, armado con el hacha que tenia, llegué á mi casa, y encontrando todavia en el baño á la villana dignidad, le abrí la cabeza en dos mitades.

—¡Bien hecho! exclamó el pastor, nadie podrá vituperar tu proceder.

—¡Ciertó! añadió el cazador; hace tiempo que el pueblo de Unterwald debia haber hecho con él otro tanto; pero en fin ya recibió su merecido.

A este tiempo estalló la furiosa tempestad.

—El hecho se ha esparcido por toda la comarca, me persiguen sin piedad, el tiempo vuela, y ninguno de vosotros quiere socorrerme.

—Apresúrate, barquero, dijo el pastor, pasa á la otra orilla á este jóven valeroso.

—¿Y á dónde quieres que te lleve? repuso el barquero: no observas la tempestad que se ha levantado?... Esperemos á que se apacigue la tormenta.

—¡Dios poderoso! exclamó Baumgarten; yo no puedo esperar; cada momento que pasa aumenta mi horrorosa situación.

—Haz un esfuerzo, pescador, interrumpió Kuoni; Dios te ayudará; es preciso hacer bien á nuestro prógimo.

—¡Cómo! dijo el barquero; la furia de los elementos se ha desencadenado; mirad como se elevan las olas; es imposible que con semejante tempestad pueda yo dirigir mi barca.

Baumgarten entonces se postró de rodillas, y abrazando al barquero por la cintura, prosigió con acento dolorido.

—¡El cielo te ayudará como tú te propongas salvarme!

—Va en ello su vida, interrumpió el pastor, sé compasivo, barquero.

—Es un padre de familia, dijo el cazador, tiene una muger é hijos.

—Yo tambien tengo una vida que perder, y como él tengo familia: quisiera salvarla, pero lo veo enteramente imposible: vosotros mismos lo estais conociendo.

—¿Con que me dejarás en las manos de mis enemigos? exclamó el desconsolado jóven: ¿quedaré aquí sin socorro ni esperanza?

Aproximóse al lago, se horrorizó al



ver las olas que furiosamente se elevaban con un ruido espantoso, y se postró de rodillas cruzando las manos y con la vista fija en el cielo; á este tiempo se presentó un hombre de gigantesca corpulencia, de fisonomía simpática y hermosa, ciñendo un vestido de cazador al uso de la época y llevando consigo su inseparable ballesta.

—¡Tell! ¡Tell! exclamaron todos cuando le vieron llegar.

—¿Quién es este hombre que pide socorro al cielo? preguntó Guillermo señalando al que miraba hincado de rodillas.

—Es un joven, interrumpió el pastor, de Adzellen que ha defendido su honor, y que ha dado muerte á Valfe-nechiesse, el bayle real que habita en Rossberg: los agentes del gobernador siguen sus huellas, y ha suplicado á este barquero que le pase á la orilla opuesta del lago; pero el pescador tiene miedo á la tormenta y se niega á darle los auxilios que reclama.

—Aquí tenéis á Guillermo Tell, dijo el pescador, que también sabe manejar los remos, y él nos dirá si es cordura exponerse á tamaños peligros en medio de esta grande tempestad. Ningun hombre sensato acometería semejante empresa.

—Guillermo miró al barquero con cierto ademán de orgullo y contestó:

—El hombre, valeroso no debe pensar en él, sino en el último extremo; ten confianza en Dios y socorre al oprimido.

—Se dan buenos consejos, cuando se está en parte segura, dijo el barquero. Mi barca está en el lago, si eres hombre valiente la pongo á tu disposición.

—El lago puede apaciguarse, dijo Tell, pero el gobernador será siempre implacable; esfuérzate, pescador.

—¡Sálvale! ¡sálvale! gritaron todos á un tiempo.

—No puedo; aunque fuera mi hermano, mi propio hijo; hoy es día de San Simón y San Judas, y el lago enfurecido reclama su víctima.

—Nada conseguiremos con vanas palabras, observó Guillermo algo enfadado: el tiempo vuela y es preciso socorrer á este hombre.... Por última vez, barquero ¿quieres pasarle?

—¡No, y mil veces no!

—Pues bien; el cielo te guarde; dame tu canoa, que quiero poner á prueba mi débil brazo.

—¡Viva el valiente Tell! exclamaron los demás entusiasmados á vista de su grande arrojo.

Baumgarten se precipitó en los brazos de Guillermo, y casi llorando le manifestó su reconocimiento con las siguientes palabras:

—¡Oh Guillermo! valeroso Tell, vos sois mi único salvador, mi ángel....

—Yo te libtaré de la cólera del gobernador, pero es menester que otro mas poderoso que yo te proteja contra el peligro de las olas enfurecidas; y mas vale ponerse en las manos de Dios, que tener confianza en los hombres.

Habiendo dicho esto se disponía á marchar hacia la ribera, pero retrocedió de pronto y cogió la mano del pastor para decirle:

—Amigo mio; tú consolarás á mi mujer si me sucede algun accidente, he hecho lo que era mi obligacion. Sígueme, joven.

Y precedido de Baumgarten, entró en la barca, y comenzó á remar con direccion á la orilla opuesta; los demás interlocutores se subieron en lo alto de un escabroso peñon y estuvieron desde este sitio contemplando llenos de asombro, la extraordinaria maestría con que Guillermo guiaba su barquilla, combatida del modo mas horroroso por el furor de los elementos.

—Aprende, miserable, dijo el pastor al barquero:

—Gentes que valen mas que yo, repuso el barquero, no imitarían el ejemplo de Tell. No hay dos hombres como él en toda la montaña de Suiza.

—Que Dios te proteja, gritaba el cazador desde la roca; Dios vaya en tu ayuda, valeroso Guillermo, honra y gloria de nuestros cantones.... Mirad, mirad la fragil navecilla siendo el juguete de las encrespadas olas.

Casi habian perdido de vista á la barca, cuando llegaron un agente del gobernador y algunos soldados.

—¡Ellos son, dijo el pastor bajando de la roca con los demás; se ha salvado á tiempo.



—Entregadnos al asesino que teneis oculto, dijo el agente á los que allí estaban.

—¿Qué quereis decirnos, caballero? preguntó el pastor.

El agente se subió en la roca, y habiendo distinguido la barca, exclamó encolerizado y desnudando la espada.

—¡Ah! ¿qué veo? ¡El cielo le confunda! Se ha escapado: vosotros le habeis prestado socorro y debeis ser castigados.... ¡Soldados! caed como el rayo sobre sus rebaños; derribad la cabaña, quemadla todo.

Al decir esto, aquella desalmada tropa corrió seguida de su gefe á poner en práctica la obra de devastacion. El pescador corrió en vano para impedirlo, el pastor hizo otro tanto implorando la misericordia del cielo, y el cazador juntando sus manos y mirando al firmamento exclamó con acento de dolor:

—¡Divina y soberana justicia! ¿cuándo nos mostrareis el libertador de esta comarca?

## II.

Pasemos á Stein, otro lugar de Suiza y canton de Argovia, situado en las inmediaciones de Schwitz: en un sitio bastante retirado de la poblacion se vé una casa de modesta y sencilla construccion, perteneciente á Wernes Stauffacher vecino de Schwitz; delante de la puerta hay plantado un hermoso y frondoso tilo, al pie del cual se mira un asiento de piedra; por el puente vienen hablando dos hombres, el uno es Werner y el otro Pfeifer, quienes habiendo llegado á la puerta de la casa del primero, variaron de conservacion.

—Si, decia Pfeifer, si, mi señor, ya os lo he dicho, no presteis juramento al Austria, si es que podeis hacerlo: permaneced con firmeza y valor unido al imperio, y que Dios conserve vuestros antiguos privilegios.

Luego que pronunció estas palabras estrechó cordialmente la mano á Werner, é hizo un movimiento como para alejarse, mas éste le detuvo diciendo:

—Quedáos hasta que vuelva mi mu-

ger; sereis mi huésped en Schwitz, ya que yo he sido el vuestro en Lucerna.

—Gracias, contestó Pfeifer, es preciso que hoy mismo llege á Gersan. Mucho creo que vais á sufrir con la insolencia de vuestro bayle, pero soportarlo todo con paciencia, porque presumo que los asuntos de nuestro país esperimentarán pronto un cambio repentino; puede subir al trono otro emperador.... Adios, amigo y señor; no perdoneisais fiel al Austria.

Y apretándole de nuevo la mano se alejó. Werner se sentó en seguida en el banco de piedra con cierta inquietud, Gertrudis, su esposa que casualmente salia, habiéndole observado en aquella posicion de abatimiento, se aproximó á él, y despues de haberle estado contemplando en silencio largo rato, le dijo:

—¿Sufres, amigo mio? No te conozco.... Hace dias que observo en tí el sombrío pesar que mortifica tu existencia.... Tú sufres en silencio.... ¿Qué tienes? revelame tus pesares; soy tu fiel esposa y reclamo una parte de tus temores.

A estas palabras Werner alargó su mano y estrechando con ella la de Gertrudis, la estuvo mirando algun tiempo, pero sin decirle nada, y su muger prosiguió hablando del siguiente modo:

—¿Quién puede entristecer tu corazon? Dimelo. El cielo bendice tus tareas, tu fortuna se aumenta de dia en dia, tus graneros están llenos; tus rebaños bien alimentados, tu casa en esta soledad aparece como un rico palacio; sus aposentos están revestidos con nuevos artesones, dispuestos con orden y simetria; sus numerosos balcones la hacen brillante y cómoda; está adornada con escudos recientes pintados, y las sábias máximas que contienen estos escudos, llaman la atencion del viagero que las lee y las admira.

Werner lanzó un suspiro y respondió:

—Esta casa, es muy cierto, es cómoda y está bien construida.... pero, ¡ay! sus cimientos vacilan en este instante.

—Esposo mio, ¿qué me quieris dar á entender?

—No hace muchos dias, prosiguió



Werner, que estaba yo sentado, como hoy, debajo de este tilo, y pensaba con gusto que mi casa estaba ya concluida, cuando llegó el gobernador de su castillo de Kussmacht con sus secuaces. Detuvo-se delante de mi casa con sorpresa, yo me levanté al instante, y me acerqué á él respetuosamente, como debe hacerse delante de quien representa en este país el poder del emperador. «¿De quién es esta casa?» preguntó con falsedad, pues sabía quien era su dueño: yo reflexioné un instante y le respondí. «Señor gobernador, esta casa es del emperador, mi soberano y el vuestro, y yo la tengo en feudo.» entonces él me contestó. «Yo gobierno el país en nombre del emperador, y no puedo consentir que miserables labradores edifiquen casas por su propia cuenta, y vivan libremente como si fuesen los soberanos de la comarca.... muy pronto pondré los medios para impedirlo.» Y diciendo esto se ausentó con aire descontento y amenazador, y yo me quedé entristecido pensando en las últimas palabras que ese hombre malvado había pronunciado.

—Querido esposo, contestó Gertrudis cariñosamente. ¿Quieres escuchar el parecer de una muger? Tengo el honor de ser la hija del noble Iberg, que es hombre de grande experiencia. Estaba yo sentada con mis hermanas cierta noche; hilábamos lana, cuando los principales del pueblo se reunieron en mi casa con mi padre para leer las cartas de los antiguos emperadores, y discutir juiciosamente acerca del bien estar del país: yo escuchaba atentamente sus sensatas palabras, las reflexiones de aquellos hombres honrados, y he conservado el recuerdo en mi corazón; así, pon atención y reflexiona sobre lo que voy á decirte, porque sé lo que hace tiempo te atormenta. El gobernador está irritado contra tí y quisiera destruirte, pues eres un obstáculo á sus deseos; quisiera someter á los habitantes de Schwitz, á la nueva casa *primiciara*; pero nuestros compatriotas, á ejemplo de sus antepasadas dignidades, persisten fielmente en formar parte del imperio. ¿No es verdad, Werner? Dime si me he equivocado.

—Tienes razón: ese precisamente es el motivo de cólera que Gessler sustenta contra mí.

—Tiene envidia porque puedes vivir como hombre libre. En cuanto al gobernador es el menor de su casa, y no posee mas bienes que su capa de caballero, y por eso observa con descontento y corazón envenenado nuestra dicha... Hace mucho tiempo que ha jurado tu perdición.... ¿Quieres esperar á que cumpla sus malvados designios? El hombre juicioso debe estar prevenido.

—¿Y qué puedo hacer?

—Escucha, prosiguió Gertrudis con misterio y aproximándose mas á su marido. Ya sabes como todos los habitantes de Schwitz, se quejan de las crueldades del gobernador. Tampoco dudes que en la otra parte del lago, en el país de Uri y de Unterwald, están cansados de soportar el inhumano yugo. Seria, pues, oportuno que todos aquellos mas sábios y valientes de la comarca se reunieran y buscaran los medios de acabar con la tiranía del gobernador. ¿No tienes en Uri un amigo á quien puedas francamente abrirle tu corazón?

—Conozco allí á muchos hombres valientes, ricos y considerados, que son amigos míos y puedo hacer partícipes de mis secretos.

Y diciendo esto se levantó mas animado.

—Tú me has sacado de mi letargo, prosiguió; ¿pero quieres que en este valle acostumbrado á la paz, arda la guerra? ¿Podremos nosotros, débiles labriegos, emprender un combate contra el dueño del mundo?... Solo esperan un pretexto para invadir nuestro pobre territorio con sus feroces soldados, para ejercer aquí los derechos del vencedor, y bajo la apariencia de un justo castigo, anular nuestras antiguas cartas y subyugarnos.

—¡Hombre eres tambien.... y sabes manejar el hacha.... y Dios ayuda, protege á las almas valientes!

—¡Gertrudis! la guerra es una calamidad terrible, hiere á los rebaños y al pastor.

—Se deben soportar los males que el cielo nos envia, pero ningún corazón



verdaderamente noble soporta la injusticia.

—Esta casa que acabamos de construir, y que tanto te agrada, la guerra la convertirá en cenizas.

—Si yo creyese la felicidad de mi existencia encadenada á este pasajero bien, yo misma le prendería fuego con mi propia mano.

—¿Crees en la humanidad? pues has de saber que la guerra no respeta ni aun á la infancia que se mece en la cuna.

—La inocencia tiene un amigo en el cielo.

—Nosotros, los hombres, podemos morir combatiendo valerosamente, pero ¿qué destino será el vuestro?

—La muger mas débil tiene tambien un partido que tomar. Se sube á ese puente, se arroja al lago, y ya es libre.

Werner no pudo por mas tiempo contener su emocion y precipitándose en los brazos de su esposa, la dijo:

—Aquel que puede estrechar un corazón semejante, puede combatir con alegría en defensa de su hogar, de sus rebaños, sin temer á los soldados de ningún rey. Voy á Uri, donde conservo

un amigo, Walther Furst, que tiene la misma opinion que yo.... Tambien hallaré allí al rico-hombre dependon y caldera, Attinghausen, que aunque de nacimiento elevado, ama al pueblo y respeta nuestras antiguas costumbres. Celebraré un consejo y hablaremos acerca de los medios que deben emplearse para emanciparnos de la tiranía, y confundir á los enemigos del país.... Adios, y durante mi ausencia, lleva como hasta aqui los asuntos de mi casa; dá generosa hospitalidad al peregrino, al piadoso sacerdote que recoge limosna para su convento: la casa de Werner no está oculta, esta situada en medio del camino como un asilo hospitalario para los viajeros.

Después de haberse expresado así, abrazó á Gertrudis, á cuyo tiempo aparecieron Guillermo Tell y el joven Baumgarten.

—Ahora, dijo Guillermo á su compañero, no tienes necesidad de mí; entra en esta casa, que es la que habita Werner, el padre de los oprimidos; pero hele aquí.... Sígueme y le hablaremos.

(Se continuará.)

## HOMBRES CELEBRES.

### EL PAPA REY.

#### III.

#### GARDENAL Y PAPA.

Cierto día del mes de febrero de 1351, el padre Miguel Angel Sellery, religioso del orden de San Francisco, se dirigía á Ascoli, una de las ciudades mas populosas de Italia, con intento de predicar allí durante toda la cuaresma. Habiéndose extraviado en su ruta, llegó á un parage donde encontró cua-

tro veredas, y quedó por algun tiempo indeciso sin saber cual era la que debía tomar para llegar al término de su viage; miró el campo en todas direcciones á fin de ver si hallaba algun alma viviente que pudiese guiándole, sacarle de su incertidumbre; á cierta distancia de allí estaba Felix Peretti en medio de su manada de cerdos, quien no bien hubo distinguido al religioso, corrió, segun su costumbre, á saludarle y á ofrecerle sus servicios.

—Salud, padre nuestro, dijo Peretti.

—El cielo te guarde, hijo mio, respondió el sacerdote.

—Si puedo ser útil á su paternidad



en alguna cosa, no tiene mas que darme, pues deseo servirle.

—Algun ángel te envía, hijo mío. En este instante tengo necesidad de tus ausilios. He perdido el camino que me conducía, y de estos cuatro, no sé cual emprender para llegar á Ascoli.

—Yo mismo guiaré á su paternidad, contestó al instante Felix.

Pero cuando marchaba delante del religioso con extraordinaria ligereza, y con una alegría difícil de explicar, le preguntó el padre Miguel:

—¿Y tu manada? ¿la vas á abandonar?

—¡Oh! no hay cuidado por eso, repuso el niño, yo estaré de vuelta en tiempo oportuno; el ganado padece suma lentitud, y mientras no atraviese el arroyo no hay que temer cosa ninguna.

—Parece que esta profesion no es de tu mayor agrado.

—¡Ah! es verdad, padre mío; muchos reverendos me lo han dicho ya antes que su paternidad, y yo lo sabía antes que ellos.

—¿Qué singular es el rapaz! dijo entre dientes el religioso ¿Querías estudiar?

Felix se volvió de repente hacia el padre Miguel Angel y comenzó á mirarle de hito en hito, como queriendo indagar si efectivamente le hablaba con verdad; el religioso observó en la atenta mirada del joven pastor, cierta cosa indefinible, y sin esperar á su respuesta prosiguió:

—Está visto, amigo mío; de buena gana cambiarías tu profesion por la del estudio y te vendrías conmigo al convento.

Felix permaneció mudo todavía; dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, lágrimas que revelaban su reconocimiento, la alegría de su corazón; por último, se aproximó al religioso, y asiendo sus hábitos con sus temblorosas manos, le dijo llorando:

—¿Sereis mi protector? ¿Será verdad que no me separaré ya de vuestro lado?

El padre Miguel Angel, tan conmovido como el niño, le acarició asegurándole, que no le abandonaría hasta haberle dado una buena educacion.

Con efecto, el padre Miguel Angel no dejó transcurrir mucho tiempo sin decir al dueño de los cerdos que buscarse un nuevo pastor, de modo que cuando concluyó sus sermones de cuaresma en la ciudad de Ascoli, volvió por su joven protegido, y despues de haber hablado á la madre, y manifestádola su intencion, se lo llevó consigo al convento.

—Hermanos, dijo el sacerdote á los demas religiosos sonriendo; aquí os presento este joven que tiene grandes deseos de estudiar; le recomiendo á vuestro cuidado para que hagais de él un papa.

A estas palabras, se volvió Felix Peretti hacia donde estaba su protector, y sin aparecer admirado, y con una gravedad que sorprendió á toda la comunidad respondió:

—¡Papa!....¿Y si Dios lo quiere, por qué no lo he de ser?

No transcurrió mucho tiempo sin que el joven Peretti ciniese el hábito de lego, desde cuya época comenzó á notarse sus progresivos adelantos en las ciencias, y apenas contaba dos años de estudio, cuando ya conocia y explicaba todos los autores latinos.

El 15 de setiembre de 1554 y á los 15 años de su edad, fué recibido en la orden en clase de novicio, y redoblando su aplicacion y actividad, llegó á ser la admiracion de sus maestros.

El unico defecto que le notaban, era su estremada viveza, lo fácil que era en entregarse á sus primeros movimientos, cualidades que contribuyeron á darle entre sus condiscipulos el sobrenombre de loco; mas esta misma viveza que era una de las propiedades de su genio, debia servir mas tarde para que resaltase mejor el contraste que en las grandes circunstancias era capaz de imponerse para el logro de sus fines.

Vivió en el convento sin tener noticia alguna de su padre, y ademas tuvo que lamentar la muerte de su querida madre y la de su hermano: su gran saber le conquistó el honorífico grado de doctor en teologia.

Una de las noches mas crudas de invierno llamaron á la porteria del convento; pocos instantes despues llegó



un lego á la celda del reverendo Peretti.

—¿Qué quieres, hermano? preguntó este.

—Padre; su paternidad está de turno esta semana para socorrer á los desgraciados, que reclaman los auxilios de la Divina Gracia; un pobre aldeano, ha llegado á la portería manifestando que en su humilde cabaña, hay un anciano moribundo que quiere confesarse.

El padre Felix Peretti saltó inmediatamente de su lecho, y poniéndose los hábitos, marchó con el aldeano que le esperaba, al sitio donde reclamaban sus auxilios. Cuando llegó á la cabaña vió á un decrepito anciano tendido en un gergon de paja y arropado con una manta vieja y agugereada.

—Aquí me teneis, hermano, dijo el

padre Felix inclinándose cerca de la cabecera del moribundo.

Este miró á su confesor con el ademán del arrepentimiento y dijo con voz ahogada:

—Yo quiero confesarme.

Retiráronse cuantos estaban en derredor del anciano, quien dió principio, aunque con sumo trabajo á una larga confesion. Apenas habia transcurrido un cuarto de hora, cuando los habitantes de la cabaña, que acababan de separarse oyeron los gritos del confesor que decia:

—¡Misericordia!... ¡Socorro!

—¿Qué teneis, padre nuestro? le preguntaron todos asustados.

—Corred al convento; llamad al padre prior para que auxilie á este hombre... yo no puedo socorrerle... ¡Es mi padre!



Vino el nuevo sacerdote, en cuyos brazos espiró el anciano, y su hijo Felix postrado á los pies del lecho pidió al cielo perdon para Francisco Peretti.

Felix recorrió casi toda la Italia predicando con ardor y con una elocuen-

cia tal que llamó la atención universal; era muy grande la severidad de sus principios, por lo que habiéndose indispuesto con el senado de Venecia, á la sazón ciudad independiente y republicana, tuvo necesidad de huir; mas



estos reveses lejos de perjudicarle aumentaron su fortuna y reputacion, pues sabiendo sacar partido, aun de su propia desgracia, siguió sus designios, apesar de todas las dificultades, con inal-

terable constancia. Acompañó en un viage que hizo á España al cardinal que fué despues el papa Gregorio XIII; por la influencia de esta dignidad eclesiástica, fué nombrado el padre Felix



Peretti general del orden franciscano, luego obispo y últimamente cardinal; pero ya en esta época no se llamaba Felix Peretti, pues únicamente se le conocia con el nombre del cardinal Montalto. Su persona experimentó desde

entonces un repentino cambio; su primitiva viveza que tantos enemigos le habia grangeado, pero que tambien habia servido al esplendor de sus eminentes cualidades, se transformó como por encanto en una moderacion, que

TOMO II. 4



rayaba en escesiva bondad; la transformación de su físico no fué menos extraordinaria que la de su moral, porque la salud del cardenal Montalto que hasta entonces no había parecido resentirse de los accidentes que experimentó durante su infancia, comenzó á decaer paulatinamente, llegando á estar casi siempre enfermo; su cuerpo se inclinó, como agobiado por el peso de una vejez, prematura; entregóse enteramente en un lugar apartado á la meditacion, pero en el seno de este retiro tenía relaciones mas importantes que nunca. Reconcilióse con los venecianos, logró adquirirse el favor y el apoyo del rey de España, y tuvo sumo cuidado en no incomodar en lo mas mínimo al rey de Francia.

Por este tiempo falleció el papa Gregorio XIII, y el cónclave se abrió para proceder á la eleccion de un nuevo pontífice. Nunca como entonces, se presentaron tantos pretendientes á la silla de San Pedro, ni jamás se tramaron tantas intrigas; entre todos los cardenales, no había mas que uno que en semejante circunstancia pareciese rehusar el alto puesto que con tanto encarnizamiento se disputaba; le consideraban como un hombre cuyas facultades físicas y morales se habían apagado enteramente, y á quien por burla le llamaban el *Borrigo de la Marca*; este era el cardenal Montalto, en otro tiempo Felix Peretti, que nació, como se sabe en la Marca de Ancona. No se acordaban ya de su talento de otros tiempos, de su elocuencia, del genio que había desplegado en su juventud.

—Este hombre, decian, está ya muy trabajado; es lo que se llama un moribundo, y podemos hacer de él lo que queramos; no hay duda que será del último que te hable.

El cardenal Montalto parecia con efecto un hombre como el que acababan de pintar, y ocupado únicamente en dar un gefe á la Iglesia, y de ceder su voto en favor de aquel que Dios designara; todos tenían lastima de él al verle tan anciano y tan encorvado y decian:

—Este pobre borrico de la Marca, no está muy fuerte; no necesita mas que

un soplo para derribarle en tierra. Bueno sería que para que tuviesen un término tantas pretensiones nombrásemos pontífice á este pobre hombre. El sería papa en la apariencia, y nosotros los verdaderos dueños de Roma y de la Iglesia.

Estas insinuaciones que solo se hacian entonces como por mera chanza, fueron tomando insensiblemente la forma de una posibilidad, y á medida que las dificultades crecian entre los pretendientes, se aumentaban los pareceres en favor del cardenal Montalto. En fin, un partido que tenía las mas lisongeras esperanzas de gobernar en su nombre se manifestó abiertamente por él.

Cuando vió Montalto que tenía segura la mitad de los sufragios, se levantó repentinamente de su puesto sin esperar la conclusion del escrutinio, y arrojando impetuosamente el baston sobre el cual se apoyaba hacia quince años, se presentó erguido como un gigante en preseneia de los demas cardenales, que no pudieron menos que quedar estupefactos á vista de un cambio tan repentino é inesperado. El dean del cónclave habiendo observado por ciertos signos que muchos de los miembros se arrepentian de haber votado por el Borrigo de la Marca, gritó con voz imponente:

—¡No caminemos tan deprisa, señor cardenal Montalto: puede haber habido equivocacion en el escrutinio.

Entonces Montalto, contestó con firmeza:

—¡El escrutinio se ha hecho á toda ley y Dios me nombra el sumo pontífice de la Iglesia católica!

Y este mismo hombre que dos horas antes apenas podia pronunciar una palabra sin toser, entonó el *Te Deum* con voz firme y sonora, cuyo eco repetian las bóvedas del cónclave.

Hallábase Montalto arrodillado á los pies del altar para hacer la oracion, segun costumbre, y tenia los ojos fijos en la imagen de Jesucristo, cuando uno de los maestros de ceremonias se acercó á él, y le dijo:

—Venid, señor, y recibireis segun uso y costumbre de vuestros antecesores, la soberania del pontificado.



—No puedo recibir, lo que ya he recibido, respondió; sin embargo, me someto gustoso á esta doble ceremonia, porque por la misericordia de Dios, me siento con bastantes fuerzas para gobernar, no solamente la Iglesia, sino el mundo entero.

Los cardenales, que habian creído elegir á un moribundo, observaron con una sorpresa no acostumbrada, la extraordinaria agilidad, y la maravillosa desenvoltura de sus movimientos, cuando se volvía y extendía sus brazos en el acto en que los maestros de ceremonias le revestían con el trage pontifical.

Uno de los que le ayudaban á vestir le dijo en tono familiar:

—El pontificado, poderoso Señor, es un maravilloso remedio, pues devuelve la salud y la juventud á los viejos enfermos.

—Estoy persuadido, respondió, que la experiencia ha confirmado en mí lo que anunciais. Dios lo ha querido así, porque vé que su Santa iglesia necesita de un hombre fuerte que la conduzca por el verdadero carril.

Felix Peretti, el cardenal Montalto, elevado de este modo á la silla pontifical, el año de 1585, tomó el nombre de Sixto V. El nuevo pontífice no se olvidó de su origen ni de su familia, y mandó llamar á su hermana Camila, á la sazón casada y madre de tres niños. Algunos altos personajes de la corte pontifical, creyendo adular á Sixto V, vistieron á Camila con el trage de princesa para presentársela, pero el nuevo papa, fingió no conocerla vestida de aquella manera.

—Que me traigan á mi hermana, dijo á los que se la presentaban.

—Mire su santidad, respondieron, que es vuestra hermana la que tenemos el honor de presentarle.

—Que me traigan á mi hermana! repitió Sixto V. con voz mas enérgica y significativa.

Los personajes que presentaban á Camila, conocieron perfectamente el sentido de aquellas palabras, y habiendo sacado de allí á Camila, dispusieron que la desnudaran, y la volvieron

á vestir con su humilde vestido de aldeana.

—La conozco, dijo el santo padre bajando de su trono y recibiendo á Camila en sus brazos.

Sixto V fué el mas extraordinario de todos los pontífices de Roma; es cierto que fué muy severo, pero entonces la Iglesia reclamaba esta severidad, por las tendencias que manifestaba hácia el desórden; de suerte que las riendas de la cristiandad era necesario que estuviesen en una mano fuerte y vigorosa.

Sixto V restableció las costumbres, y purgó á la Italia de todos los malhechores que la infestaban; fué grande como papa, y no menos grande como soberano, por eso le llamaban comunmente el papa-rey. Protegió las artes, las letras, las ciencias, y la gran capital de Roma se embelleció bajo este célebre pontificado con muchos y soberbios monumentos; fundó tambien una admirable biblioteca que todavia hace honor á la capital del mundo católico. Aunque tenia sumo gusto en la pompa y la grandeza respecto á todo lo que constituía la verdadera magestad de su trono, era con relacion á su persona poco amigo de la ostentacion y nada avariento; estremadamente limosnero y haciendo extensiva su munificencia á cuantos necesitados le rodeaban.

Su hermana Camila, que continuó siempre á su lado, y que le cuidaba con particular esmero, habiéndole dicho un dia, en particular, que no era conveniente á un soberano pontífice vestir una ropa blanca tan usada y llena de remiendos como la suya, respondió sonriendo:

—Hermana, nuestra elevacion no debe hacernos olvidar de donde hemos salido; los remiendos y los harapos son las primeras armas del escudo de nuestra casa.

Falleció despues de uno de los mas gloriosos pontificados del cual tiene Roma derecho á estar orgullosa. Sixto V, como el gran Silvestre II, y como Gregorio VII, fué colocado en el número de los papas que han debido su elevacion solamente á su genio.



## LA CATEDRA EN EL CAMPO.

### Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### 1.

#### Química.—Física.

El cazador estaba sentado al lado de la chimenea en un cómodo sillón, y apoyando su lastimada pierna que ya estaba entablillada, en una especie de cogin que improvisaron; la esposa del proscrito se sentó en frente del cazador, los niños á su derecha y don Casimiro cerraba el semicírculo, teniendo á sus espaldas la mesa donde existían los pocos instrumentos de física que tenía.

—Me place la idea, dijo el cazador que ya estaba informado de lo que se iba á ejecutar; yo también por mi parte haré lo posible para distraer á estos niños cuando vd. concluya con sus experimentos, porque por mi buena ó mala suerte he recorrido muchas tierras y hecho grandes observaciones, las cuales creo poder transmitir fácilmente á estos jóvenes que tan predispuestos se encuentran á aumentar el número de sus conocimientos.

—Gracias, repuso el proscrito, nosotros tendremos un placer en escucharle, y ahora, con permiso de vd., voy á dar principio á mi conferencia. Mas antes de hacer mis experimentos de física, diré cuatro palabras con relacion á la química.

Era costumbre entre los egipcios transmitir la ciencia de padres á hijos, y aunque yo no soy tan sábio como ellos, voy, sin embargo, á hacer lo mismo con vosotros; tendré un cuidado especial en no fatigar vuestro entendimiento, á fin de conciliar la instruccion con el deleite.

En otro tiempo, cuando la química apenas merecía el nombre de ciencia, no se ponía en práctica mas que por los filósofos y los charlatanes, que tenían cierto gusto en dogmatizar todo hecho oculto, y que conservaban los caracteres geroglíficos de la antigua Egipto, donde la química indudablemente tiene su origen, desde el tiempo de Hermes, que existía, segun parece, mucho antes del diluvio. La civilizacion, por lo que vemos, ha seguido el movimiento del sol, ha caminado de Occidente á Oriente; la China, la Caldea, el Egipto, la Grecia, el imperio romano, etc.

La ciencia, antes de constituirse, ha oscilado en general entre la teoría y la práctica, siendo tres épocas las que la han dominado; en la primera, la inteligencia observa los hechos y se emancipa de las trabas de la supersticion y de las preocupaciones sistemáticas; en la segunda, el pensamiento domina el campo de la esperiencia para refugiarse en el dominio de la especulacion mística y sobrenatural, y de aquí el origen de tantas doctrinas fantásticas y de los apasionados á la alquimia. En la tercera, que es precisamente la nuestra, la luz aparece despues de las tinieblas, y se manifiesta la razon bajo sus verdaderas formas, y con pruebas propias para convencer.

Nuestros poetas y nuestros químicos antiguos, registraron todos los rincones de la historia sagrada y profana, y se apoderaron de las fábulas mas antiguas que han trastornado y revuelto á su placer para hacer aplicaciones á su objeto. ¿Qué era, segun su dictámen, el vellocino de oro que ocasionó el viage de los argonautas? Un libro escrito en



pergamino que enseñaba á hacer el oro por medio de la química. También han querido encontrar la razón de esta ciencia en la fabula de Esculapio, que resucita los muertos; en la de Jupiter, convertido en lluvia de oro; en la de Gorgona, que transforma en piedra cuanto vé; en la de Midas, á quien Baco concede el don de convertir en oro todo lo que toque, etc., etc. Los antiguos griegos admitían la indestructibilidad de la materia, sobre la cual descansan hoy las doctrinas fundamentales de la química; admitían cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego, todo lo cual entraba en la constitución de los demas cuerpos del universo.

Después de este corto preámbulo, me falta decir que Bacon á quien se atribuye la gloria de haber introducido la química en Europa, nació el año de 1214. Sus manuscritos contienen la receta de la pólvora que reemplazó al fuego griego inventado por ellos, y que tenía la propiedad de arder en el agua, en cuya composición entraba el nitró, el azufre, una especie de aceite volátil y un género de metal que llamaban *potasium*. Desde la edad media existen los alquimistas ó los indagadores de la piedra filosofal, que pretenden que convierte en oro y en plata los metales mas comunes. Quisieron que se les llamara *filósofos herméticos*, profundos metafísicos, porque se creían los filósofos por excelencia y los únicos sábios del mundo; aseguraban que su filosofía era divina, y consideraban á la química propiamente dicha, como una ciencia indigna de ellos. Los mas célebres alquimistas fueron: Arnauil, médico célebre y el primero que dió á conocer el uso del aguardiente, y á quien suponen que realmente ha tenido la piedra filosofal. R. Lulle, que nació en 1233, fué discípulo suyo, y uno de los médicos mas hábiles de su tiempo. Basilio Valentin, monge benedictino, nos ha dejado algunas obras de alquimia: Isaac y Juan Isaac fueron contemporáneos suyos. Paracelso, discípulo de uno de estos últimos, cambió el carácter de la medicina, y murió en 1541; llamáronle el monarca de los arcanos. Nicolás Flamel, como era poseedor de inmensas riquezas, se

creyó que realmente había encontrado la piedra filosofal; fué primeramente un pobre escritor público, y refieren su historia del modo siguiente: que por una casualidad compró á un judío un antiguo libro dorado; que empleó veinte años en estudiar este manuscrito, pero no pudiendo comprender sus emblemas ni sus caracteres geroglíficos, hizo una promesa á Dios y á Santiago de Galicia, y vino á España, donde encontró á un médico que le esplicó las principales figuras, y ambos pasaron á Francia; pero que en Orleans perdió á su compañero. Casóse con Pernella, y el matrimonio se dedicó al estudio por espacio de tres años, al cabo de los cuales, como dice el mismo Flamel, llenaron su magisterio; pues el lunes 17 de enero de 1382, convirtieron media libra de mercurio en plata pura, y el 25 de abril del mismo año hizo el oro con la piedra roja. De tal manera han amplificado la historia de Flamel y la de su esposa, que han querido suponer en ambos el poder de hacer la vida eterna: aseguran los sectarios de la filosofía hermética, que Flamel era poseedor de tan gran fortuna por las íntimas relaciones que tenía con los judíos, tan perseguidos en la edad media; de modo que la historia de su libro de oro del judío Abraham, es acaso una alegoría para recordar el origen de su fortuna.

Los químicos de nuestra época se muestran muy severos hacia los alquimistas, considerándolos como impostores ó como locos. Sin embargo, de algunos años á esta parte, los progresos de la ciencia han llevado consigo algunas modificaciones respecto á este juicio; no se determinan á negar que se haya poseído la piedra filosofal, y solo se contentan con dudar.

De cualquier manera que sea, los alquimistas han hecho grandes servicios á la química metalúrgica, pues sus infatigables observaciones han descubierto un considerable número de metales. No obstante, desde la mitad del siglo último, la química ha llegado á ser una ciencia real; los fluidos aéreos que por espacio de tantos siglos se habían substraído á la investigación de los experimentos, se han estudiado como si



fueran sólidos ó líquidos. Todas las ciencias naturales están ligadas entre sí; es muy difícil definir la química con exactitud; sin embargo, puede decirse que comprende la constitución íntima de los cuerpos materiales y la acción que ejercen los unos sobre los otros; que penetra en su interior para aislar los principios que los componen y para reformarlos ó componerlos de nuevo; también se puede decir que es la ciencia de las substituciones y de las transformaciones. Ahora, hijos míos, descansenos un poco para hablar de la física.

—Muy bien, amigo mío, dijo el cazador; puedo asegurar á vd. que mientras ha durado esta corta conferencia no he sentido el mas leve dolor en mi pierna lastimada.

—Vd. me favorece demasiado, respondió don Casimiro; mi instrucción es muy limitada, pero tal como es, hago todo lo posible por ponerla al alcance de mis hijos.

—Y que deben darse por satisfechos con tener un padre tan ilustrado, prosiguió el cazador.

—Amigo mío, no soy acreedor á tantos elogios; cualquiera haria otro tanto.

—Papá, interrumpió Ramon, tienes que hablarnos de física, ¿no es verdad? y además nos has ofrecido hacer algunos experimentos.

—Cumpliré mi oferta, contestó don Casimiro.

—Sí; papá no te detengas, dijo Carolina con un acento angelical.

La madre de los niños, rogó también á su marido que no tuviera por mas tiempo impacientes á sus educandos, y don Casimiro continuó de la siguiente manera:

La física, hijos míos, es la ciencia que tiene por objeto el estudio de las propiedades mas generales de los cuerpos. La física sirve para estudiar y explicar el movimiento celeste, las revoluciones de los astros, los fenómenos de la luz, las combinaciones y las fuerzas de la maquinaria; con el auxilio de esta ciencia, encuentra el hombre el medio de dirigir las naves, de equili-

brar las habitaciones y los monumentos, de preservar su mansion de los estragos del rayo. Nosotros elegiremos y pondremos en práctica algunos experimentos divertidos, que serán el objeto de serias meditaciones cuando vds. estén mas adelantados en sus estudios. Hablemos de la electricidad; es una propiedad general de los cuerpos, los cuales pueden ser conducidos á este estado; se siente la electricidad en todas las partes de la naturaleza, el relámpago es el efecto del fluido eléctrico que se acumula en las nubes, y que se desarrolla cuando estas masas pesadas se chocan una con otra; los torbellinos de viento en los desiertos del Africa, y las admirables auroras boreales de los climas del Norte, son algunos de los efectos eléctricos.

El cuerpo humano es susceptible de recibir el fluido eléctrico, el cual puede traspasar un número determinado de individuos separados de la tierra, cogidos de las manos, sin experimentar ninguna interrupcion en su marcha. Si se aproxima á un hombre electrizado y aislado de la tierra un cuerpo conductor, es decir, una materia que tenga la propiedad de dar paso al fluido eléctrico, si este cuerpo conductor no termina en punta, se produce al contacto de este cuerpo y del hombre un leve ruido acompañado de una chispa y un dolor seguido de un fuerte sacudimiento; y si muchos individuos están en comunicacion eléctrica, todos experimentan este dolor á un mismo tiempo.

Don Casimiro se levantó de la silla, y acercándose á la mesa, puso en medio de ella una copa de cristal, una pipa y un reloj de bolsillo. El cazador, la esposa de don Casimiro, y los niños con especialidad, comenzaron á mirar con sumo silencio y atencion. Don Casimiro puso el reloj en medio de la mesa con la esfera hacia arriba, encima de la cual colocó la pipa en equilibrio; en seguida calentó á la chimenea una bayeta, en cuya operacion empleó solo medio minuto, y con este pedazo de bayeta frotó la copa, que seguidamente situó en la estremidad del cañon de la pipa, cuyo tubo, atraído por la electricidad que se desprendia del frotamiento y del calor de la copa, la siguió eje-



cutando un completo movimiento de rotacion.

—¿Que os ha parecido? preguntó don Casimiro á su familia.

Los niños respondieron con risas de satisfaccion y esclamando.



—¡Otro experimento! otro.

Don Casimiro entonces, calentó un pedazo de franela con la cual frotó un tubo de cristal; aproximó en seguida una pluma al cristal; la pluma se pegó al tubo y la condujo donde quiso.

Los niños aplaudieron á su padre, quien no pudo menos que reirse y hacerles una caricia, despues de la cual dijo:

—Vamos á otra cosa.

Cogió medio pliego de papel de estraza, y lo estuvo calentando gran rato á la chimenea, y en seguida lo frotó muchas veces en su brazo, y el papel se electrizó de tal manera, que le puso en la pared donde quedó pegado por espacio de algunos minutos: despues asió una pluma, la aproximó al papel y tambien se quedó pegada. Volvió á calentar el papel y á frotarle en el paño de su ropa, y suspendiéndole con un hilo, este papel electrizado atrajo muchas plumas á la vez; sacudió el papel y las plumas comenzaron á volar dándose las unas contra las otras, lo que produjo grandes risas entre los espectadores. Tornó á calentar el papel y á frotarle, y le estendió sobre la mesa; puso encima un grano de saúco del tamaño de un guisante; el grano comenzó á correr sobre el papel, pero habiendo puesto la punta de un alfiler delante del grano, corrió en direccion de aquel.

Con esto quiso don Casimiro terminar por aquella noche sus experimentos, pero los jóvenes espectadores, reclamaron de su amable preceptor que continuara, á cuya peticion no pudo menos que acceder.

En su consecuencia, puso en equilibrio un pedazo de cristal sobre dos libros, y encima derramó un poco de salvade; frotó despues la superficie del cristal con la franela caliente y el salvado comenzó á bailar con grande rapidéz todo el tiempo que duró la electricidad.

—Hijos míos, dijo el virtuoso padre de familias volviéndose á sentar, carezco de instrumentos para estenderme mas en los experimentos que corresponden á esta parte de física; pero ya que anhelan vds. que prolongue esta distraccion, diré algo con relacion al magnetismo, del cual haré tambien algunos experimentos.

Los circunstantes redoblaron su atencion, y don Casimiro se espresó del siguiente modo:

—El magnetismo es una modificacion de la electricidad; los sabios no conocen todavia su naturaleza, ignoran igualmente la época del descubrimiento de las propiedades magnéticas, y este es el nombre general que se dá á las cualidades del iman, siendo las mas principales la de atraer el acero, de volverse siempre hácia los polos del mundo; y la de comunicar á las demas substancias metálicas su fuerza magnética. No hace mucho tiempo que dije á vds. á quien atribuye Plinio el descubrimiento del iman. Vamos al experimento.

Don Casimiro puso algunas limadu-



ras de acero sobre la mesa; y despues colocó en medio una varita magnética, y al instante las limaduras corrieron en



opuestas direcciones y se juntaron en las estremidades de la varita, no quedando en medio ni una sola limadura.

Soltó la varita magnética y cogió un iman; puso dos recortaduras de acero sobre medio pliego de papel comun, y el iman debajo del papel; las recortaduras, tan pronto como sintieron el contacto del iman se enderezaron, y volvieron á caer cuando retiró el iman don Casimiro.



Este se acentó otra vez y dijo:

—Si por un medio cualquiera se coloca un iman de suerte que pueda moverse libremente en dirección horizontal, tomará por sí solo una posición tal, que uno de sus polos se dirija hacia el Norte y el otro hacia el Sur, y esta precisamente es la razón porque á estas puntas del iman se llaman polo austral y polo boreal: esta propiedad que se conoce bajo el nombre de polaridad, ha conducido á la invención de la brújula.

El arquitecto Dínócrato quiso abovedar de iman el templo que uno de los Ptolomeos mandó edificar en Alejandria, con el objeto de tener suspendida la estatua de su hermana Artínaló que era toda de acero; pero Ptolomeo y el arquitecto murieron antes que la obra se hubiese concluido.

La estatua de Serapis, mandada hacer por el rey Sesostris estaba suspendida por la atracción del iman, que ha sido tambien empleado por los turcos para mantener en la bóveda de un tem-

plo la tumba de Mahoma, hoy situada en medio de la mezquita.

Don Casimiro sacó su reloj, y se lo dió á su hijo.

—Acércatelo al oído y dime si está parado.

—No señor, repuso Ramon despues que lo observó; anda corriente.

—Creo que te equivocas, dijo don Casimiro tomando el reloj y acercándole el mismo al oído de Carolina.

—Está parado, dijo la niña.

—Pues si yo le he sentido andar, contestó su hermano.

Don Casimiro le aproximó tambien al oído de Ramon quien exclamó:

—¿Cómo se ha parado tan pronto?

—Porque en la misma mano que tengo el reloj, contestó don Casimiro sonriendo, tengo un pedacito de iman que ha paralizado la máquina.

—Luego el contacto del iman, interrumpió su esposa, ¿detiene el movimiento?

—Sin duda, contestó don Casimiro. Cesen los experimentos magnéticos y digamos algo relativamente al galvanismo.

Una de las partes de la ciencia de la electricidad, es el galvanismo. Este descubrimiento fué hecho en Bologna el año de 1791, por la muger de Luis Galvani, sabio italiano, quien ha dado su nombre á esta parte de la física; esta muger dotada de una grande inteligencia, tenia un vivo interés en los progresos de la ciencia que cultivaba su marido; y no dejaba escapar ninguna ocasion de suministrarle las observaciones que hacia; un dia estando mala y reducida por prescripcion medicinal al caldo de ranas, preparaba alguno de estos animales en el laboratorio; una de las piernas de rana se encontró en contacto con la punta de un cuchillo y de un hilo de latón; de repente se manifestó una especie de convulsion efecto de un fluido desconocido que pareció volverla á la vida animal. La esposa de Galvani reveló este fenómeno á su marido; este meditó sobre el efecto: hizo experimentos y conoció que los efectos señalados por su muger eran debidos al contacto de dos metales que obraban sobre un mús-



culo y descubrió la nueva rama de la ciencia que ha inmortalizado su nombre.

Bien pronto el galvanismo se aplicó á resultados provechosos para las ciencias; pues por medio del galvanismo se descomponen las substancias, se cambian los colores, se inflama el agua y se da una vida ficticia á los cuerpos inanimados.

A este tiempo sonaron las doce, y anunció don Casimiro á sus hijos que era llegada la hora de recogerse. Ofreció el cazador dar principio á su historia al siguiente día, con cuya pro-

mesa quedaron los niños muy complacidos; los que despues de besar la mano á su padre y hacer una tierna caricia á su buena mamá, pasaron á su dormitorio, donde estuvieron largo tiempo hablando sobre lo que habian visto y escuchado, hasta que al fin se quedaron dormidos.

Pocos instantes despues aquella mansion campestre aparecia tranquila y silenciosa, porque sus pacíficos moradores reposaban en medio del mas profundo sosiego.

(Se continuará.)

## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

### LOS CINCUENTA CIEGOS.

#### CUENTO ARABE.

El sultan Selim-Khan, pocos días antes de morir llamó á su nieto Hussein y al bostangi-baja Nadir Essem, y pronunció estas palabras en presencia de todos los oficiales allí reunidos.

—Si mi reinado ha sido glorioso, lo debo á Nadir-Essem, hombre prudente y valeroso; probo en sus palabras y en sus acciones; siempre he encontrado en él un consejero fiel, hijo mío. Dentro de algunos días vas á sucederme; pero que Nadir-Essem sea tu amigo como ha sido mío; esta es la voluntad de tu padre.

Hussein besó la mano de Selim, y juró sobre el santo libro observar la última voluntad de su abuelo. Los primeros meses del nuevo reinado, fueron conformes á la promesa hecha, pero bien pronto Hussein impulsado por las violencias de sus pasiones, no observó mas la ley; se rodeó de jóvenes libertinos y separó de su lado á los antiguos consejeros de su padre. Las amonestaciones de Nadir-Essem fue-

ron inútiles, y el bostangi-baja resignándose al silencio, se retiró á sus jardines; pero un día que reprendió al jóven soberano con mas severidad, éste le mandó acabar en un suplicio.

Nadir-Essem tenia un hijo que se llamaba Nadir-Khouli, jóven piadoso y sábio y muy querido del imam Askoi que le habia puesto en el colegio de la mezquita imperial. Nadir-Khouli lanzó un grito de terror cuando le anunciaron la muerte de su padre, y se fué llorando á la plaza, y desde este parage se encaminó al puerto: al llegar á cierto sitio oyó que le llamaban por su nombre, y volviendo la cabeza se detuvo delante de un hombre que distribuía hígado de carnero á los perros que andaban errantes; este era un religioso que iba arropado con una especie de sayal oscuro, y llevaba colgada del brazo una cesta llena de taleguitos de dinares.

—Cuando el corazon está herido lloran los ojos, dijo el religioso.

Nadir-Khouli, tú eres un buen hijo; pero no es razon que la muerte de tu padre te lleve á la desesperacion; para el que observa la ley, la muerte es un festin de bodas. Tu padre ha cultivado el bien y ha sufrido; disponte, pues, á



sufrir como él, si estos son los designios del dueño de las almas; ten siempre un corazón firme y haz el bien. Tú eres desgraciado porque ha muerto tu padre y tus bienes están confiscados; el poeta dice que la abundancia engendra la miseria; pero dentro de algunos meses, puede ser que tu miseria tenga un término, porque eres bueno y honrado. Hoy dejarás esta ciudad, y pasarás á Ispahan donde reina un gran príncipe; el sophi es sabio y religioso y acoge con gusto á todos los hombres honrados que como tú quieren trabajar en servicio de Dios; mas antes de entrar en el Ivan debes ir á las ciudades santas á visitar las tumbas de los profetas y besar los pies de los verdaderos creyentes. La grande caravana saldrá pasado mañana de Es-

mirna, y pasarás á Ispahan donde reina un gran príncipe; el sophi es sabio y religioso y acoge con gusto á todos los hombres honrados que como tú quieren trabajar en servicio de Dios; mas antes de entrar en el Ivan debes ir á las ciudades santas á visitar las tumbas de los profetas y besar los pies de los verdaderos creyentes. La grande caravana saldrá pasado mañana de Es-



mirna, y uno de nuestros hermanos te conducirá á esta ciudad. Toma esta bolsa que contiene 120 dinares; y escribe en este pergamino la limosna que te doy.... Adios, hijo mío; ten siempre confianza en Dios, corazón firme, y haz todo el bien que puedas.

Nadir-Khouli cogió por las bridas la mula del religioso y partió; á la mañana siguiente ya estaba en Esmirna

y su compañero de viaje le presentaba al myrhadije (efe de la caravana) Al-Mocem.

Después de haber hecho un peregrinaje á la Meca, siguiendo el consejo del religioso, Nadir-Khouli pasó á Ispahan, y caminando por la margen izquierda del Zenderouth, llegó al arrabal de Djoulfa; hacia dos horas que el sol había salido y Nadir subió á la co-



lina y echó una mirada de sorpresa y admiración sobre todo cuanto le rodeaba; después que terminó sus ruegos bajó al arrabal y entró en las galerías del puente Alaverdi-Khan. En medio de esta galería vió á un anciano con la barba blanca, apoyado contra un pilar como un mendigo; este anciano era ciego, y aproximándose á él Nadir-Khouli, escuchó que pedía limosna; abrió su bolsa y le dió un dinar.

—Seas dichoso, dijo el anciano sopesando la pieza de oro y acercándola á sus labios—¡Ah! es un dinar, exclamó; muchos dinares debes tener cuando me das éste.

—Todavía me quedan ochenta y nueve como el que acabo de darte, dijo Nadir-Khouli.

—¡Ah! déjame tocar tu oro. ¿Qué dicha será para mí la primera de mi vida. ¡Cien dinares! ¿no es verdad? Déjame tocar todo el oro. ¿Qué alegría! Nada mas que tocarle un instante, un solo momento.

El bueno de Nadir sacó su bolsa y la puso en las manos del ciego.

—Esta es toda mi fortuna, le dijo, y siento mucho no poderla dividir contigo.

El ciego se guardó la bolsa.

—¿Qué haces, amigo? dijo Nadir, ¿dónde guardas mi bolsa?

El ciego sin responderle volvió la cabeza y continuó pidiendo limosna.

—¿Quién socorre á un pobre ciego?

—Dame mi bolsa, exclamó Nadir.

—¿Quién socorre á un pobre ciego? prosiguió éste.

—Yo quiero mi bolsa, repitió Nadir con enfado.

El ciego entonces alargó el brazo y cogiendo á Nadir comenzó á gritar!

—¡Buenos musulmanes, buenos musulmanes! ¡Socorro! libertadme de un infiel que quiere despojarme de lo que poseo.

A estos gritos acudieron los transeúntes y se agruparon en redor de Nadir, el que á pesar de haber dicho que era inocente, y aunque quiso referir lo que le había pasado, como conocieron por el turbante que era extranjero, los musulmanes abogaron en favor del ciego y empezaron á dar de

puñetazos al pobre Nadir; en el suelo le habían ya derribado cuando los guardias del puente Djoulfa llegaron á poner fin á la contienda. Pero mientras Nadir se había estado defendiendo, soltó la brida de la mula que asustada cedió á correr á todo escape. Nadir corrió tras ella hasta la estrechidad del puente; subióse sobre el parapeto y sobre la plataforma, miró en todas direcciones y no vió nada; con esto acababa de perder su último recurso; desanimado se apoyó contra un pilar, y observaba con disgusto la ciudad donde había entrado tan dichoso, y en la que á la sazón se encontraba sin dinero, sin amigos; y ocultando la cabeza entre sus manos comenzó á llorar sin consuelo.

—Acabo de hacer un bien, decía, y me tratan como á un malvado; mi padre ha muerto por haber hecho bien. ¿Dónde está la justicia?

Se acordó de los consejos que le dió el religioso, pero al mismo tiempo sintió un hambre que le devoraba y exclamó:

—¡Ah! si yo tuviese mi mula, pero lo he perdido todo... ¿Dónde está la justicia?

A este tiempo oyó ruido á su lado, y levantando la cabeza vió á su mula que sacudía sus crines y escarvaba la tierra con uno de sus pies. Nadir olvidó sus desgracias, y no pensó en otra cosa mas que en acariciar á su mula, pero otra vez volvió á experimentar un hambre terrible. Mucho quería á su mula, y por todo el oro del mundo jamás se hubiera separado de ella, pero ¿cómo alimentarse? Esta última razón le decidió, y habiendo pasado por allí, muy á propósito sin duda, un mercader de Basora, y preguntando á Nadir si quería vender su mula, éste no titubeó en hacerlo, porque el hambre le acosaba cada vez mas. Con parte del dinero que recibió compró dátiles y acerolas, con lo cual se encontró el joven tan repuesto y fortalecido, que se animó de nuevo, y la ciudad le pareció magnífica y sorprendente.

Por una casualidad se sentó á corta distancia del ciego que le había robado sus dinares, y observó que cuando llegaba otro ciego, le hablaba al oído, reía



después con él y proseguía pidiendo limosna.

Poco antes que oscureciera se levantó el ciego, enrolló la estera sobre la cual había estado sentado y entró en la galería del puente, y Nadir levantándose también le fué siguiendo. Bajaron juntos la escalera y se dirigieron hacia la izquierda para penetrar en el Ichar-Bag. Nadir-Khouli no se quiso dejar sorprender entonces de aquella entrada magnífica, de sus anchos canales, de sus fuentes, de sus kioscos y macetas de flores. Luego que oraron en la mezquita de Hussein, entraron en el jardín real, en el fondo del cual había un rosal de China tan grande como una palmera: debajo de esta hermosa planta estendió el ciego su estera y sacudiendo el arbusto, con las rosas que cayeron se improvisó un lecho de flores, y acostándose sobre él se puso á respirar aquel embalsamado ambiente con la alegre calma de un hombre que está muy satisfecho del buen empleo que ha hecho del día.

Mucho le gustaba á Nadir-Khouli el olor de las rosas: pero al cabo de una hora viendo que el ciego no se levantaba empezó á impacientarse, pero al fin el mendigo se puso en camino. Al verle marchar, hubiera dicho que había conocido que le seguían, y que tenía un gusto particular en fatigar á su obstinado compañero, porque se detenía en todos los bazares, daba paseos por todas las plazas; y sin embargo Nadir le seguía con tal ahínco, que aun cuando atravesó el Meidan-Schalú, del cual le habían contado tantas maravillas, no quiso ni levantar la cabeza.

En fin, después de cuatro horas de paseo, llegaron á una calle donde había una casa grande con muchos balcones y situada en el ángulo de una plaza. El ciego sacó una llave y abrió una puerta. Nadir quitándose sus babuchas se fué detrás de él y subió por una escalera que llegaba al corredor; el ciego sacó otra llave y abrió la puerta de su aposento y Nadir entró con él con el mayor cuidado. El mendigo cerró la puerta y se sentó sobre la estera cuando se aseguró que estaba solo.

Entonces sacó la bolsa y la abrió muy

despacio tomando de ella una pieza de oro; habiéndola vuelto á liar, la abrió segunda vez y sacó muchas monedas y las estuvo sopesando lleno de gozo y satisfacción; luego las tornó á liar todas juntas, las encerró en la bolsa la cual besó con entusiasmo; no contento todavía con estas demostraciones la comenzó á tirar por alto recibíendola en sus manos y diciendo repetidas veces:

—Vuelve conmigo, pichona, ven pronto, alegría de mi vejez.

Una, dos, tres veces tiró por alto la bolsa, y el ruido que hacía cuando caía en sus manos le encantaba, pero una de las veces que la arrojó, observó que la bolsa no había caído, porque Nadir, que estaba detrás, la había cogido al vuelo.

—Querida bolsa, decía el ciego, ven pronto hacia mí, ¿adónde te has escondido?

De los ruegos pasó á las amenazas, pero la bolsa no venía por eso; recorrió el aposento en todas direcciones, registró todos los rincones con su palo, y Nadir andaba en su derredor evitando su encuentro; mas cuando el ciego se convenció de su desgracia, se arrojó enfurecido sobre el suelo y dándose fuertes puñetazos en la cabeza, lanzaba gritos horribles; á estos gritos se abrió la celda inmediata de la que salió otro ciego que vino á consolarle.

—Venid, venid, amigos míos, esclamó el mendigo del puente, llegad y socorredme.

—Habla, ¿qué tienes? le dijo su vecino procurando levantarlo.

—Iblis (el diablo) ha robado mi tesoro; yo tenía mi bolsa en la mano, tirábala por alto y ha desaparecido; si hubiese caído en el suelo hubiera escuchado el ruido, pero Iblis me la ha cogido al vuelo.

—Es una imprudencia de tu parte tirar por alto la bolsa, dijo el segundo ciego; yo no soy tan loco como tú, porque tengo la mia muy guardadita y nunca Iblis levantará una losa que hay detrás de mi puerta donde guardo mis ahorros.

Nadir que oyó estas palabras, empujó la puerta entreabierta del segundo ciego, y levantando la losa menciona-



da cogió una bolsa que allí había llena de dinero. Los dos ciegos fueron des- pues á este sitio, y el segundo levantando la losa y no encontrando su tesoro exclamó echándose sobre el mendigo del puente:

—¡Maldito, bribón! tú me has robado.... pícaro astuto!

—¿De qué proviene este ruido? dijo otro ciego que llegó allí medio vestido.

—Nos han robado; ¡Iblis está oculto en el khan.

—¿Por qué no haceis lo que yo? dijo el ciego tercero: de día siempre llevo conmigo mi dinero, de noche le pongo debajo de mi almohada... Adios, amigos míos: ¡Iblis no vendrá á despertarme para robarme mi bolsa.

—¿Qué imprudencia! proseguía entrando en su aposento; qué poco previsores son mis vecinos.

Y escurriendo su mano por debajo de la almohada decía:

—Querida bolsa, tu amo es mas prudente:

Pero ya era tarde, porque Nadir había entrado antes y se la había estraído saliendo al instante del aposento. Queda á la consideracion del lector la sorpresa y desesperacion del cauto ciego, que como sus camaradas se tiró en el suelo rabiando y llamaba á sus vecinos con gritos encolerizados.

—¡Iblis está en el khan; ¡Iblis está dentro del khan.

Todas las celdas se abrieron y los ciegos acudieron llevando cada cual su bolsa en la mano y aturdidos andaban por los corredores gritando:

—¡Iblis está dentro del khan!

Mientras duró esta especie de tumulto, Nadir-Khouli se fué hácia la entrada de la puerta de la escalera, y los mendigos no sabiendo el partido que tomarian comenzaron á darse de puñetazos los unos contra los otros; el agá del barrio subió con los soldados de ronda; pero Nadir habiendo salido á su encuentro, le refirió la historia en pocas palabras entregándole lastres bolsas: su franca manifestacion y el acento de verdad con que el joven hablaba interesaron al agá.

—Creo en tus palabras, le dijo; guarda esos bolsillos.

—No hay mas que uno mio, dijo Nadir.

—Guarda esos bolsillos, yo te los doy, repuso el agá, porque, gracias á ti, he descubierto una madriguera de ladrones.

—¡Buen agá! exclamaron los ciegos; protegednos, que estamos rodeados de ladrones.

—Si, muy cierto, dijo el agá; hay aqui muchos ladrones; venid conmigo, amigos míos que voy á deciros donde están; cogerlos por las manos de dos en dos, no solteis vuestros bolsillos y bajemos.

Los ciegos obedecieron, y bajaron á la calle seguidos por los soldados. Cuando estuvieron todos reunidos en la plaza, el agá los mandó desfilar delante de él y los contó; eran cincuenta.

—¿Dónde están los ladrones? exclamaron los ciegos.

—Paciencia, amigos míos, dijo el agá; empuñad vuestros garrotes y preparaos.

Armados de este modo, los dividió en dos hileras de á veinte y cinco, y los mandó marchar adelante, combinando su evolucion de modo que las dos hileras partiesen en direccion inversa, esto es, una hácia la izquierda y otra hácia la derecha: despues de algunos minutos que hubieron andado la mitad de la plaza, se encontró una hilera en frente de la otra.

—¡Ahí tenéis á los ladrones! gritó el agá. ¡Valor, amigos míos! ¡he los ahí delante de vosotros, sacudid con fuerza.

El agá que era amigo de broma tuvo mucho que reir al ver la furia con que se acometieron, y los fuertes garrotazos que se daban unos á otros. Por orden del agá cada ciego llevaba su bolsa en la mano izquierda, de suerte que de vez en cuando, algunos de los soldados daban un palo á la mano que llevaba alguna bolsa, y cayendo esta en tierra se aumentaba la cólera del ciego y la pelea proseguía con el mayor encarnizamiento. El ciego que no quedó muerto, quedó lisiado, y casi todos estaban en tierra cuando pasó Schah-Abbas, de vuelta de una cacería, y seguido de muchos caballeros y soldados con antorchas encendidas, y observando



aquel espectáculo tan extraño preguntó el motivo: el agá refirióle cuanto pasaba; Schah-Abbas era un gran príncipe amigo de la justicia; y al día siguiente mandó llamar á Nadir-Khouli á su palacio, y habiendo sabido la historia de este jóven, le interesó tanto que le nombró wálí de los bazares: Nadir desempeñó su destino con tanta inteligencia, que fué bien pronto llamado á ejercer el cargo importante de teskerdjí del diván. Con el favor del soplí al año siguiente desempeñó nuevas dignidades, y mandó la caballería en la gran jornada de Althul-Kapur que dieron los persas á los turcos, y en esta derrota pereció el sultan Hussein, matador del padre de Nadir-Khouli.

## EL RAMO DE LA RECONCILIACION.

CUENTO POPULAR DE LA VALAQUIA.

Un pobre pescador llamado Jorge, que no sabía una noche como cubrir sus necesidades del otro día, había estado mucho tiempo echando la red hacia todos lados sin sacar mas que arena y yerba. Fatigado con su inútil trabajo, iba á abandonarle, pero de repente sintió que la red pesaba mucho, y tuvo necesidad de emplear todas sus fuerzas para poder colocarla en la barca, lo que al fin llegó á conseguir, y en el mismo instante vió salir un hombre chiquitillo y negro que sin preámbulos de ninguna especie le dijo:

—¿Qué me das si en un abrir y cerrar de ojos te hago poderoso, dándote todas las riquezas que puedes ambicionar?

A lo cual el pescador turbado, respondió:

—Te daré aquello que yo mas quiero en mi casa.

El desgraciado pescador, al expresarse de este modo, se olvidaba ciertamente de su muger y su hijo, ó pensaba acaso no mas, que en su perro, en su gato ó en la ropa con que se vestía los domingos; pero el diablo demasiado sutil para exigir una explica-

ción mas lata, se precipitó en cerrar este extraordinario ajuste, y convino en que el pescador le diese dentro de seis años lo que mas amase, y en precio de este convenio, el rey de los infiernos, echó en la red del pescador una cantidad de oro tan considerable que á penas la barca la podía sostener.

Con la ayuda de su muger, Jorge pudo trasportar el tesoro á su cabana, y no pasó mucho tiempo sin que fuera á establecerse con su familia á la ciudad, donde compró una buena casa y en la que vivió como el hombre mas dichoso del mundo: pero se acordó que era su hijo lo que mas quería.

Se aproximaba la época en que debía cumplir su fatal compromiso, y este terrible pensamiento le martirizaba sobremanera, alejando de su alma la alegría y el reposo. Con frecuencia se le veía sentado en el extremo de alguna habitacion apartada y oscura, ocultando la cabeza entre sus manos, y con llantos y sollozos invocando entre despedazadores lamentos la misericordia del Omnipotente. Su hijo le había preguntado en mas de una ocasion el origen de sus dolores, procurando consolarle: mas estas preguntas, sus solicitudes, sus pruebas de cariño y de ternura, lejos de calmar la terrible agitacion de Jorge, no hacian otra cosa mas que acrecentarla; y bien se alejaba violentamente de su hijo ó ya le mandaba bruscamente que se apartase. Por último, un día el niño se echó á los pies de su padre y le suplicó con una voz tan afectuosa y con instancias tan repetidas que le abriese su corazón, que Jorge no pudo menos que ceder á las ardientes peticiones de su hijo y le confió el horrible secreto.

El hijo despues de haber escuchado á su padre, fué corriendo en busca de uno de sus maestros, hombre de juicio y acreditada prudencia y con él que tenía grande confianza, y refiriéndole lo que acababa de sucederle exigió que le aconsejara sobre lo que debía hacer; á cuya peticion el maestro despues de haber reflexionado algunos instantes, dijo á su discípulo, que se pusiera un hábito de eclesiástico, colocándose ademas una cruz sobre su pecho y que



él mismo en persona fuese con valentía al parage donde su padre debía entregarle á las garras del diablo.

El jóven, animado de una piadosa y firme resolución, no titubeó un momento en seguir los consejos de su maestro; y dando la vuelta á su casa, dijo á su padre que le indicara el sitio donde debía encontrar al satánico soberano; y el camino que debia tomar para llegar á él, lo cual hizo Jorge, y su hijo partió inmediatamente.

Después de haber caminado durante dos horas por la espesura de un bosque sombrío, la noche vino á sorprenderle, y descubriendo una cabaña que parecia estar inhabitada, se dirige á ella, donde encuentra una muger anciana, á la cual pide hospitalidad por aquella noche.

— Os la concedo con mucho gusto, repuso la anciana; pero temo que no estéis aquí muy seguro, porque tengo doce hijos y todos ellos son ladrones, que si llegan á veros podrán asesinaros; mas si vos insistís en quedaros, haré cuanto esté de mi parte para sustraeros á sus miradas.

El jóven viajero, conceptuando que era mas peligroso caminar de noche por aquellos sitios, aceptó lo que la anciana le proponia, la cual le condujo á la cocina y le ocultó en el horno. Algunos momentos después llegan los ladrones, y no habian hecho mas que poner los pies en el umbral de la puerta de la cabaña, cuando sospecharon que allí habia un hombre y piden á su madre que diga el sitio donde se halla. La anciana procura en vano desentenderse y negar la existencia del huésped que habia recibido; mas los ladrones la amenazan diciendo que registrarán la cabaña, por lo cual la anciana llena de turbación no tiene mas remedio que confesar lo que habia pasado; pero con ruegos y súplicas obtiene de sus hijos la promesa de que no atentarán contra la vida de su protegido. La muger entonces vá á buscarle al escondite y le conduce á la presencia de aquellos doce foragidos, los cuales preguntan al jóven á donde se dirige y de donde viene; y el hijo de Jorge, no encuentra inconveniente alguno en referir cándidamente su historia, cuyo relato pro-

duce las más estrepitosas carcajadas de los ladrones que se mofan de la necesidad del pobre muchacho, que vá en persona, lleno de satisfacción á buscar la morada del diablo. Como estos malhechores conocían la entrada del sitio donde habitaba el espíritu satánico, indicaron á la pobre víctima el mas directo sendero para llegar á él y le ofrecieron un guia para conducirle. Al dia siguiente, el jóven, que á pesar de las risas de los ladrones y de la mofa que hicieron de su misión, se encontraba muy resuelto en llevar á cabo su resolución, se preparó á continuar su peligroso viage; pero en el momento que iba á partir, la anciana se aproximó á él y le dijo:

— Si llegas á hablar al diablo, preguntale, yo te lo ruego, lo que es necesario hacer para espiar los crímenes de un hombre que ha robado y matado mucho; y si escapas del peligro que te amenaza, pasa por aquí á fin de que me trasmitas la respuesta del diablo, porque desearia que mis hijos renunciasen á esta afrentosa y horrible profesión, y que llegasen á ser hombres de bien.

— Yo espero, repuso el hijo de Jorge, que Dios tenga piedad de mí, en cuyo caso estád segura que yo os traeré la respuesta que deseais.

Uno de los malhechores le fué sirviendo de guia hasta que llegó cerca de una caverna cerrada por medio de una puerta de hierro, y seguidamente se apartó de allí precipitado; mas el jóven lejos de intimidarse, llenó con energía la puerta se abrió con gran ruido, y vió arremolinarse una legión de demonios como un enjambre de murciélagos.

A la serenidad del jóven, al aspecto de sus hábitos religiosos, y de la cruz, los seres malditos lanzaron un espantoso grito de terror: ora se alejaban asustados, ora volvian y prorumpian en injurias contra el recién llegado, ó bien le amenazaban; pero el viajero firme é inalterable en su propósito, les mandó que hiciesen llamar á su amo, diciéndoles al mismo tiempo que estaba resuelto á no separarse de su caverna si no libertaba á su padre del em-



peño que había contratado. Los diablos atormentados horriblemente con la sola presencia de la cruz, suplicaron al joven que se alejase; mas este en vez de obedecer, adelantó un paso mas, lo que dió causa á que dos de aquellos seres malignos se sumgiesen en el abismo, y á poco rato trajesen un pergamino que pusieron en manos del joven, cuyo documento indicaba ser el contrato de su padre.

El intrépido joven le cogió dando gracias al cielo por el dichoso éxito de su empresa; pero aun le quedaba otro deber que llenar, pues no se había olvidado de la benéfica muger que le proporcionó un asilo la noche anterior.

—Antes de retirarme, dijo á los diablos, quiero que me digáis lo que necesita hacer para espiar sus crímenes un hombre que ha cometido muchos.

Y uno de los diablos contestó:

—Que este hombre plante en la tierra el palo con el cual cometió su primer asesinato, que le riegue todos los dias con el agua que pueda caber en su boca, y de seguro sus crímenes se verán espiados cuando vea que este palo reverdece y echa flores.

Después que el viagero escuchó estas palabras se ausentó de aquel parage, con direccion á la morada de los foragidos para hacer una minuciosa relacion de cuanto le habia pasado y como testimonio auténtico de su relato, mostró el pergamino ennegrecido aun por el humo del infierno y sellado con las garras del diablo. Los ladrones se moraron de la respuesta del demonio; pero no así la madre, que deseando alejar á sus hijos de la horrorosa profesion que egercian, obligó al mas joven á plantar su palo en tierra, lo cual ejecutado, iban ambos todos los dias á la fuente mas cercana y llenaban su boca de agua, viniendo después á regar con ella el palo seco que habian plantado. Pero, cuál fué la sorpresa de los demas ladrones, cuando llegaron á ver que al segundo riego el palo reverdecia; (1)

(1) Este palo, simbolo del alma que renace con la virtud, se encuentra en otras muchas leyendas cristianas.

Todos entonces acudieron solícitos á la fuente, llenaron sus bocas de agua, y con ella inundaron la planta maravillosa, cuyo tronco, aunque privado por espacio de mucho tiempo de jugo, echó ramas, de las cuales nacieron flores, que despues abiertas se convirtieron en manzanas de oro: estas manzanas se desprendieron de las ramas y cayeron por tierra: luego se abrieron, y de cada uno de estos frutos prodigiosos salió una paloma blanca que tomó su vuelo hácia el cielo.

A vista de semejante milagro, los ladrones se hincaron de rodillas, invocando con lágrimas de un ardiente arrepentimiento la clemencia de Dios, y todos de comun acuerdo resolvieron, no solamente renunciar para siempre á su vida depravada, sino de ir á confesar públicamente sus crímenes y someterse en un todo á la deliberacion de los jueces. Con efecto, en compañía de su madre y del hijo del pescador, fueron á la ciudad, llevando consigo algunos ramos y varias manzanas del árbol providencial: los jueces despues de haber escuchado la relacion de estos criminales arrepentidos, y la de su joven y piadoso compañero, concedieron el perdon. Los ladrones restituyeron todas las riquezas que habian enterrado en su cabaña, escogiéndose cada uno una profesion para vivir honrosamente sobre la tierra.

En cuanto al pescador, baste decir, que fué tal la alegría que recibió cuando vió que el diabólico pergamino estaba en su poder, que por espacio de ocho dias estuvo celebrando este acontecimiento con todo género de fiestas, á las cuales convidó á gran número de habitantes de la ciudad, y asegura la crónica, que tambien los pobres fueron socorridos con mano pródiga, pues cedió á los mendigos gran parte de las riquezas que habia recibido del diablo. Ultimamente despues de los grandes sufrimientos que habia experimentado, tuvo la dicha de recobrar la paz de su alma, y de adquirir por medio de sus buenas obras, la estimacion y el aprecio de todos sus conciudadanos.

